

CUENTOS DE CASA PARA NIÑOS

Selección y notas
INÉS CASAÑAS CARMONA



CASA
DE CUENTOS
PARA NIÑOS



CASA DE CUENTOS PARA NIÑOS

Antología de cuentos
latinoamericanos

Selección y notas
INÉS CASAÑAS CARMONA

Ilustraciones
NELSON PONCE



Agradecemos a los autores la autorización para publicar sus textos.
Edición y corrección: Ana María Caballero Labaut
Diseño e ilustraciones: Nelson Ponce Sánchez
© Todos los derechos reservados
© Sobre la presente edición: Fondo Editorial Casa de las Américas, 2017



AL LECTOR

Una treintena de historias –entre cuentos, relatos y fragmentos de novelas– nos ofrecen los diez autores incluidos en esta antología. Ellas están dedicadas a los más pequeños y han sido seleccionadas de libros ganadores del Premio Casa de las Américas.

Los *Cuentos de Casa para niños* cautivan por la diversidad de sus temas, algunos muy novedosos, y también por el modo desenfadado en que combinan realidad y ficción. Sus autores logran conmovernos mediante el humor, la fantasía y, sobre todo, con una gran dosis de ternura. Así consiguen hacernos partícipes de las aventuras y peripecias de sus personajes, y también de los múltiples sentimientos que cada uno de ellos experimenta. Que casi todos sean alegres, no quiere decir que a veces no lloren; pero eso sí, siempre juegan y hacen bromas. Son pícaros, traviesos y curiosos. Les gusta aprender y sueñan con descubrir otros mundos. La relación que establecen entre sí y con su entorno, no siempre es armónica, pero, a pesar de las diferencias entre ellos, o del peligro y el temor presentes en ocasiones, desafían los riesgos y, con amor, imaginación, audacia y valentía, logran reestablecer el equilibrio amenazado. Todo un universo de contenido humano, de lirismo y fraternidad.

Aquí encontraremos historias sobre la familia, los amigos, el amor, los animales y las plantas, todo muy relacionado entre sí: los niños, los adultos y su entorno. Vistas en conjunto, ellas pueden ser leídas como un canto a la naturaleza y a la vida. Sus autores apelan a la sabiduría, la sensibilidad, y también cierta astucia, esa que nace quizás del niño que ellos fueron, y que nos permite sentir una mágica sensación de bienestar y felicidad. Será esta sin dudas una lectura divertida, agradable y amena. Nos conmoverán algunos personajes, bien por sus sentimientos o por su manera de actuar. Intrigados, querremos saber más sobre temas poco conocidos o desconocidos y nos sorprenderán esos nuevos lugares llenos de fantasía que aún no habíamos imaginado.



MONIGOTE EN LA ARENA

LAURA DEVETACH (Argentina, 1936).
Narradora y poeta.

Entre sus libros destacan *El abuelo del tatú*, *Cola de flor*,
Cuentos y cantos, *El que silba sin boca*, *El ratón que quería
comerse la luna*, *Cuentos en tren* y *Cuidado con la osa*.



MONIGOTE EN LA ARENA

La arena estaba tibia, y jugaba a cambiar de colores cuando la soplaban el viento.

Laurita apoyó la cara sobre un montoncito, y le dijo:

–Por ser tan linda y amarilla te voy a dejar un regalo.

Con la punta del dedo dibujó un monigote de seda y se fue.

Monigote quedó solo, muy sorprendido. Oyó cómo cantaban el agua y el viento.

Vio las nubes acomodándose una al lado de la otra para formar cuadros pintados.

Vio las mariposas azules que cerraban las alas y se ponían a dormir sobre los caracoles.

–Hola –dijo Monigote, y su voz sonó como una castañuela de arena.

El agua lo oyó y se puso a mirarlo encantada.

–Glubi glubi. Monigote en la arena es cosa que dura poco –dijo preocupada, y dio dos pasos hacia atrás para no mojarlo–. ¡Qué monigote más lindo, tenemos que cuidarte!

–¿Qué? ¿Es que puede pasarme algo malo? –preguntó Monigote, tirándose de los botones como hacía cuando se ponía nervioso.

–Glubi glubi. Monigote en la arena es cosa que dura poco –repitió el agua, y se fue a avisar a las nubes que había un nuevo amigo, pero que se podía borrar.

–Flu flu –cantaron las nubes–. Monigote en la arena es cosa que dura poco. Vamos a preguntar a las hojas voladoras cómo podemos cuidarlo.

Monigote seguía tirándose de los botones, y estaba tan preocupado que ni siquiera probó los caramelitos de flor de durazno que le ofrecieron las hormigas.

–Crucrí crucrí –cantaron las hojas voladoras–. Monigote en la arena es cosa que dura poco. ¿Qué podemos hacer para que no se borre?

El agua tendió lejos su cama de burbujas para no mojarlo. Las nubes se fueron hasta la esquina para no rozarlo. Las hojas no hicieron ronda. La lluvia no llovió.

Las hormigas hicieron otros caminos.

Monigote se sintió solo, solo, solo.

–No puede ser –decía con su voccecita de castañuela de arena–, todos me quieren, pero porque me quieren se van. Así no me gusta.

Hizo cla cla cla para llamar a las hojas voladoras.

–No quiero estar solo –les dijo–, no puedo vivir lejos de los demás, con tanto miedo. Soy un monigote de arena. Juguemos, y si me borro, por lo menos me borraré jugando.

–Crucrí crucrí –dijeron las hojas voladoras sin saber qué hacer, pero en eso llegó el viento y armó un remolino.

–¿Un monigote de arena? –silbó con alegría–. Monigote en la arena es cosa que dura poco. Tenemos que hacerlo jugar.

Cla cla cla, hizo Monigote, porque el remolino era como una calesita.

Las hojas voladoras se colgaron del viento para dar vueltas.

El agua se acercó, tocando su piano de burbujas.

Las nubes bajaron un poquito, enhebradas en rayos de sol.

Monigote jugó y jugó en medio de la ronda dorada, y rio hasta el cielo con su voz de castañuela.

Y mientras se borraba siguió riendo, hasta que toda la arena fue una risa que juega a cambiar de colores cuando la sopla el viento.

LOS PICAFLORES DE COLA ROJA

El frío espiaba por la ventana. Los chicos y las chicas se frotaban la punta de los dedos para poder escribir las palabras que dictaba la señorita Sonia todas las mañanas a la primera hora.

–¿Trajo hoy su dictado? –gritaban los chicos cuando la veían venir toda de plata entre la neblina del fondo de la calle.

–Sí –reía la señorita Sonia, y entraba al aula a escribir en ese cuaderno que tienen los maestros y que uno nunca sabe a quién se lo muestran.

–Uf –decían los chicos y las chicas.

Y después jugaban con el frío a fumar cigarrillos inventados.

Despedían por la boca vapor azul, vapor con secretos, vapor de palabras escondidas, vapor de preguntas que no se animaban a hacer.

Lena fumaba cigarrillos de aire y hacía aletear los pájaros de sus pestañas. Manuel se sacaba el sombrero invisible y la saludaba. Después, echaba adentro la ceniza de su gran cigarro de señor muy ocupado.

Lena fumaba ahora una boquilla larga y fría como una palmera, y ponía cara de televisión. Manuel, con la misma cara, tenía una pipa de madera, tallada por un silencioso navegante.

–Hoy haremos dictado de palabras difíciles –dijo la señorita Sonia.

Los chicos y las chicas arrugaron las sonrisas.

Manuel regaló a Lena una pastilla de naranja y esta pudo reír otra vez.

La puerta del grado estaba cerrada. El frío quedó solo, afuera.

Alguien había dibujado un corazón en el cristal empañado de la ventana. Un corazón que se borraba y volvía a aparecer, porque siempre algún chico o alguna chica se enfriaba la punta del dedo dibujándolo.

–Enhebrar –dictó la señorita Sonia–, enhiesto, hirsuto.





Lena y Manuel escribían rápido para tener tiempo de mirarse de reojo y seguir jugando a inventar cosas con el vapor de sus bocas entre palabra y palabra.

–Alhelí, conspicuo, izar –seguía goteando la voz de la maestra.

El vapor de Lena se convirtió en un vestido de fiesta de perfume verdemar y música en el ruedo.

–Arbóreo, lontananza...

Manuel hizo una guitarra eléctrica, y se vio tocándola de tal forma, que Lena lo miraba como quien ve el color de la música.

Lena hizo una calle florecida de paraguas rojos y azules y amarillos con dulzor de praliné, y ella y Manuel y la guitarra paseando y cantando.

Manuel hizo un jazmín para regalar a Lena.

Lena hizo una trenza de pasto para Manuel.

–Huidizo, sahumero –dictaba la señorita Sonia–. ¡Lena, Manuel!, atiendan, porque voy a dictar una sola vez cada palabra.

Los chicos se pusieron colorados, pero solamente un ratito, porque vieron que sus compañeros, de una manera o de otra, también llenaban el aire con figuras de vapor.

Había un piel-roja con chaleco de cuero, y una princesa, de trenzas que caían al suelo desde la ventana de una torre altísima, y un marciano con ojos de arena y voz para recitar poemas, y una hermosa agente secreto que bailaba como una rama de mimbre.

Y de pronto, toda la clase pegó un respingo y la señorita Sonia tuvo que dejar de dictar y, sobresaltada, preguntar «qué pasa, pero qué pasa, qué les pasa»; porque del fondo de un pupitre o de un tintero o del polo norte del globo terráqueo, salieron volando los dos picaflores de cola roja.

Hacían «chip chip», chisporroteaban de aquí para allá con sus colas enruladas y alegres como la cola de un picaflor de cuento.

Todos los chicos del grado se miraron diciendo «uuu».

Sin saber bien por qué, sintieron un poquito de inquietud en la uña del dedo chico.

Los picaflores bordaban el aire, y sus alas zumbaban con zumbidos de trompo.

Borraron las princesas, las guitarras eléctricas, los marcianos de ojos de arena y la inquietud de la uña del dedo chico.

El grado se llenó con la ronda de los picaflores.

–¡Picaflores, mire los picaflores, señorita! –gritaron los chicos–. ¡Allá, aquí, arriba, en la cabeza de San Martín, en el escritorio!

–Pero, ¿qué pasa aquí? –gritó la señorita Sonia–. ¡De qué hablan! ¡Cómo van a venir picaflores en pleno invierno!

–¡Sobre su cabeza! –gritó Lena–. ¡Mire, mire!

–¡Que se queden aquí! –gritó Manuel.

–¡Aquí haremos que tengan frío! –coreaban todos los chicos–. Podemos hacerles una casita en la biblioteca.

La señorita Sonia tenía los ojos redondos y la boca sin palabras.

–Yo no veo ningún picaflor –dijo. Pero no se animaba a enojarse, porque los chicos tenían la cara como si realmente algo muy hermoso hubiera llegado al grado.

Los picaflores, mientras tanto, borraron el pizarrón con sus alitas, metieron el pico en las flores del jarrón, sacaron un hilito del saco de Manuel, un cabello de Lena, una lanita de la bufanda de Gustavo, un fleco del poncho de Laurita, y empezaron a tejer el nido, justo entre los *Cuentos de la selva* y la carpeta de cosas lindas que habían escrito los chicos.

–Pero, pero –decía con desaliento la señorita Sonia–, yo no entiendo. Ustedes están soñando.

Los chicos se miraban muy afligidos, porque no hay nada más triste que no poder ver a los picaflores de cola enrollada.

–Señorita Sonia –dijo Manuel–, mire bien, trate de verlos.

–No los veo y no los veo. Te lo aseguro.

–Póngase los anteojos de sol –aconsejó Lena.

–Tampoco. Tampoco los veo.

–¿Y si cierra un rato los ojos, fuerte fuerte hasta que salgan dibujos dorados y después los abre de golpe? –dijeron los chicos.

–Tampoco, tampoco –murmuraba la señorita Sonia. Se sentía triste. Sentía que le faltaba un pájaro.

Pero cuando los chicos y las chicas y los picaflores están juntos, nunca faltan soluciones.

Manuel dijo:

–Si uno no sabe qué hacer, hay que mirar por el agujerito de una hoja seca.

Lena salió a buscar una hoja dorada.

La señorita Sonia se acomodó, con muchas vueltas, en la silla, tomó la hoja, se la puso sobre el ojo de mirar por los agujeros, y dijo «uuu».

Allí estaban los picaflores con sus colas rojas, tejiendo el nido.

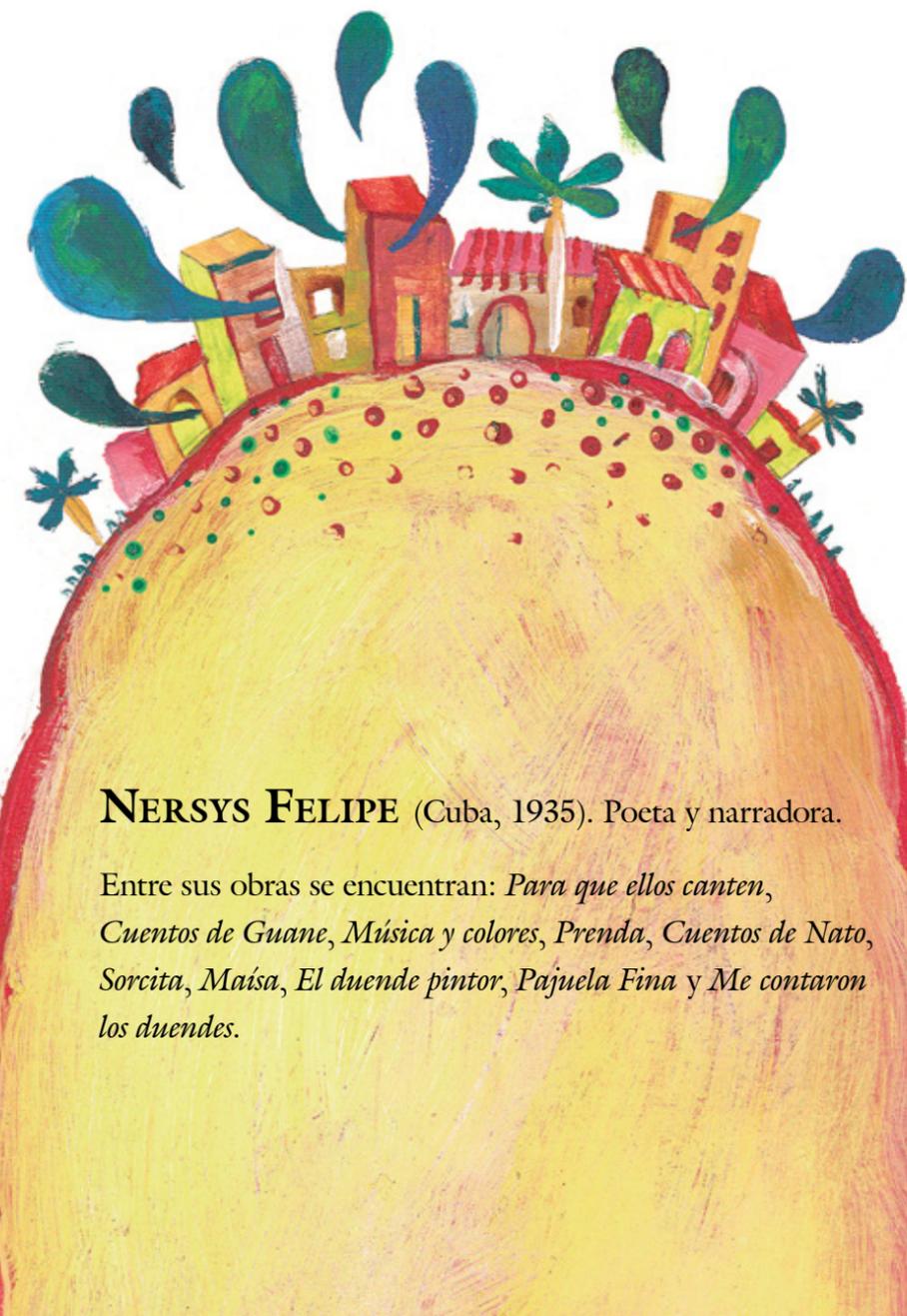
Sintió la cercanía de los pájaros y de los chicos, y ese día la señorita Sonia anotó en el cuaderno misterioso que tienen los maestros, ese que nunca se sabe a quién se lo muestran:

«Tema del día: cómo ver a los picaflores de cola roja».

«Material didáctico: una hoja seca».

«Clase a cargo de los chicos».

ROMAN ELÉ



NERSYS FELIPE (Cuba, 1935). Poeta y narradora.

Entre sus obras se encuentran: *Para que ellos canten*, *Cuentos de Guane*, *Música y colores*, *Prenda*, *Cuentos de Nato*, *Sorcita*, *Maísa*, *El duende pintor*, *Pajuela Fina* y *Me contaron los duendes*.



ROMAN ELÉ

Cuando un niño dice a ser hermoso, no hay nada que le gane. Y aquel lo era: alto, muy derecho, y fino; con el pelo hecho de sortijas tan negras y brillantes como la piel, que parecía, por el brillo, untada en manteca de coco.

Se llamaba Román Elé. Tenía los dientes grandes y separados, las encías rosadas, los ojos como pintados, y era nieto de criados, hijo de criados y criado él también.

Hermoso de cabeza a pies, hermoso por fuera y por dentro era el niño negro. Vivía en la finca más grande del valle: la que tenía junto a la portada la ceiba doble, que era como dos ceibas en una, y donde vivía también Crucita, la niña blanca llamada de verdad Cruz María de los Ángeles, hija y nieta de dueños.



CALAZÁN

20

Román Elé no tenía padres: se habían muerto. Tampoco tenía hermanos: sus padres habían cogido las fiebres del tifus cuando era muy pequeño. Solo tenía abuelo, y tan viejo, que los dueños lo habían sentado en el cuarto del maíz seco desde mucho tiempo atrás, y allí se pasaba las horas saca que te saca granitos, amontona que te amontona granitos, levanta que te levanta montaña de granitos, para que después viniera la negra Dengo a volverlos harina en el molino que estaba, allí mismo, al fondo del cuarto.

Rodeado de granos, tusas y sacos; entre el viene, muele y va de Dengo, y el entra y sale de gallos, gallinas y pollitos que se robaban cuanto grano podían, vivía Calazán y vivía también su nieto Román Elé.

EL PASEO

21

Calazán hablaba poco ya, cada vez menos. Pero siempre que el nieto llegaba por las tardecitas de cumplir con sus obligaciones, el abuelo decía: –Elé, ¿no se pasea hoy?

Y a pasear se iban: uno alto, muy derecho, y fino; el otro pequeño, jorobadito, dejando caer sobre la tierra dura del camino su bastón de palo

de guayabo y sin permitir que lo llevaran del brazo:

–Sulte, Elé, suelte. Calazán camina solo.

Así, despacito, llegaban a casa de Dengo...

–Elé, ¡ilas flores!

Decía el abuelo al verlas, con los ojitos embelesados.





Y en el portalito florido se sentaban. Y como Dengo a esa hora andaba en los trajines de la comida de los dueños, Biembe traía el buchito de café y le contaba a Calazán que las matas de príncipe negro estaban cuajaditas de botones; que las de hortensia ya querían abrir sus puchas azules; que a las radiantes rosadas, por tantas rosas, había habido que apuntalarles los gajos.

Luego seguían por el camino hasta la portada de la finca; el viejo se sentaba recostado en el tronco doble de la ceiba, y empezaban los saludos de la carretera:

-Tarde buena, Calazán.

-Igualtica la tenga.

-¡Cómo crece el nieto, abuelo!

-Sí que crece, caramba.

-¿Cómo se anda, viejo?

-Como se va pudiendo.

-¿Cogiendo el fresco, Calazán?

-Aquí con Elé.

Eso todas las tardecitas: para que el abuelo caminara y estuviese entre las flores; para que mirara y oyera a la gente de la carretera; para que no se olvidara de hablar.

En cuanto caía la noche se acababa el paseo porque Román tenía que poner, servir y quitar la mesa de los dueños.





CRUCITA

Desde los seis años estaba Crucita en el colegio de monjas de Pinar del Río.

«Para que no vaya a la escuela de Guane, donde sientan a los blancos con los negros». Decía el dueño, que era su padre.

«Para que la enseñen a bordar, a pintar y a tocar el piano». Decía la dueña, que era su madre.

«Para que aprenda el inglés y modales de señorita.» Decía la hermana del dueño, que era su tía.

Por eso Crucita solo venía a la casa cada quince días, sábado y domingo, y en las tres vacaciones del año: una en diciembre, otra por marzo, y la larga de junio, julio y agosto.

¡Y era siempre un pajarito escapado de su jaula lo que llegaba! Un pajarito ansioso de reír y jugar con otros pajaritos, aunque fuesen negros. ¡Qué importaba eso!

¿No nadaban juntos en la laguna los patos blancos y los patos negros? ¿No se posaban en la misma rama el azulejo y el negrito y picaban del mismo mango? ¿No se casaba la paloma negra con la paloma blanca?

Por eso Crucita, pajarito, se juntaba con Román Elé, Belén y Loreto, pajaritos ellos también.

Claro que a los dueños no les gustaba. Pero grande era la casa, pícaros los pajaritos, y muchas las ocasiones para encontrarse.

Y además, otra cosa: Cruz María de los Ángeles, hija y nieta de dueños, era muy buena y quería mucho a Belén y Loreto, las hijas de Dengo y Biembe, y a Román Elé, el nieto de Calazán. Sobre todo a él.

LOS DÍAS DE ELÉ

26

Los días de Elé eran días sin escuela y de muchas obligaciones. Por las mañanas: El corralón de los cochinos, la pajarera, el patio, las botellas, alguno que otro mandado; y a la hora del almuerzo, poner, servir y quitar la mesa de los dueños.

Los mediodías: Unas veces, por antojarse la dueña de tallullos y majaretas, traer un saco de mazorcas tiernas del maizal, pelarlas y rallárselas a Dengo en el guayo. Otras, si la hermana del dueño quería malarrabia, ir a sacar boniatos y venir con ellos húmedos de tierra, para lavarlos, pelarlos y picarlos en cuadritos. Y algunas, cuando había dulce en almíbar, ir del boniatal al yucal por vianda fresca para que Dengo hiciera buñuelos.

Los mediodías eran también para el caballo del dueño: dos veces a la semana, baño con manguera y jabón especial comprado en Pinar del Río; a diario, rasqueta de cabeza a rabo y cepillo por todo el pelo, sin olvidar el envaselinado de la crin y la cola, que tenían que estar siempre brillosas y suaves.

Además, si Dengo andaba de lavado, almidonado o planchado, Elé la ayudaba por los mediodías en la limpieza de la casa. Y eso para él era un gusto.

Antes del paseo de Calazán, Biembe y Román traían del potrero las vacas y los terneros. Y después del paseo, el niño ponía, servía y quitaba la mesa de los dueños.

Así eran los días de Elé: días de muchas obligaciones. Para que el dueño lo dejara vivir con su abuelo en el cuarto del maíz seco; para que el viejo tuviera su almuercito, su comida y alguna ropa con que vestirse. Días sin escuela, en los que Dengo, de trajín en trajín, le oía cantar bajito aquella canción que el niño había aprendido de Calazán, y que era una canción muy vieja y muy triste:

*Nos mandan que nos sentemos,
nos tenemos que sentar.
Nos mandan que nos paremos,
nos tenemos que parar.
Tata'e, Tata'e, Tata'e,
Carabalí no sabe leer.*



LA PAJARERA

28

La pajarera era de la hermana del dueño. La quería, no para cuidarle los pájaros ni escucharles el canto, sino para enseñársela a las visitas y ver cómo se maravillaban con ella y oír cómo la felicitaban por tener una casa de pájaros tan bonita y tan bien atendida.

¡Y verdad que era bonita la pajarera!

Estaba en el portal del fondo, era redonda y espaciosa: con su tronco de adorno tocándole el techo, sus cajitas para la comida, sus columpios de colores, su bebedero de loza sobre pie de mármol, que servía también de bañera.

Una bonita casa para pájaros encerrados: de reja blanca dibujada en flores.

Por las mañanas, después de limpiar el corralón de los cochinos, Elé se ocupaba de ella. Y si Crucita estaba en la casa, allá se iba, al portal del fondo, a conversar mientras el niño hacía de pajarero.

El jaulón tenía negritos, azulejos, mariposas, cabreros, ruisiñores y tomeguines de la tierra y del pinar. Elé les limpiaba todos los días la casa: primero la reja, los columpios y las cajitas para la comida; luego el tronco y el bebedero-bañadera; lo último el piso.

Una mañana...

–Elé, ¿no te pican?

Preguntó Crucita, porque lo veía dentro del jaulón con cinco tomeguines en un brazo, un azulejo en la cabeza y una mariposa metiéndole el piquito por la oreja.

Y Elé, que se había quedado muy quieto para no asustarlos, le contestó:

–Me dicen cosas.

–¿Qué te dicen, Elé?

–Que hace mucho tiempo que no ven el río.

–¿Y qué más?

–Me preguntan si ya maduraron las pomarrosas.

Entonces, Crucita, pegando la cara a la reja de flores y con los ojitos muy abiertos, se lo señaló:

–¡Elé, ese chiquitico te quiere decir algo!

Acercó el niño su oído al tomeguincito que se le había posado en el hombro... escuchó... y le dijo a la niña:

–Quiere irse para sus pinares.

Y ella, apretándose el corazoncito:

–¡Déjalo ir, Elé!

Y luego, en un susurro:

–A él solito. Nadie se va a enterar.

Pero Román, con una voz que ella no le había escuchado nunca, dijo:

–El día que suelte uno, los suelto todos. ¡Aunque la hermana del dueño me mate!

Cuando terminó de limpiarles el piso, Elé les llenó de agua limpia el bebedero-bañadera y les puso en las cajitas la comida del día: alpiste, bola de papa con huevo, pedacitos de fruta bomba, cundiamores abiertos llenos de semillas coloradas, y un montón de pomarrosas maduras que les había ido a buscar al otro lado del río.

En eso, apareció en el portal del fondo la mamá de Crucita. Y como los vio conversando, se llevó a la niña para la casa.

Román Elé, alto, muy derecho, y fino, se fue a barrer el patio del dueño.

29



EL ÚLTIMO ENCUENTRO

30

Del cuarto rosado y del cuarto del maíz seco salieron los niños a la madrugada. Ella, dejando atrás la sala, la saleta, el comedor, avanzando por el portal del fondo...

Él, cruzando el patio, muy claro, porque no había nube que ocultara la luna...

Sin ruido, como caminando sobre la yerba tierna, los dos llegaron a la pajarera. Y cuando sus manitas se encontraron en la reja, no hubo sorpresa sino entendimiento.

La puerta de la casa de los pájaros se abrió entonces en medio de un silencio, tan grande, que dejaba oír los mamoncillos agrios cayendo en el patio.

Luego, cuando él entró al jaulón, ella escuchó el revoleteo; suave primero; que crecía después, poco a poco y cada vez más, hasta que todos los cuerpecitos alados –negritos, azulejos, mariposas, cabreros, ruiñeños, tomeguines de la tierra y del pinar– se fueron a buscar el río, a esperar por las pomarrosas maduras, a encontrar sus pinares...

Volvió el silencio. Los niños se miraron, sonrieron... Como caminando sobre la yerba se separaron, alejándose de la prisión vacía...

Ella hacia el cuarto rosado, apretándose el corazoncito y con los ojos llenos de luz.

Él hacia el cuarto del maíz seco. Más alto, más derecho y fino que nunca bajo la primera luna de septiembre.

LA PRIMERA MAÑANA DE SEPTIEMBRE

31

Era el último día de vacaciones. Temprano dejó el cuarto rosado, vestida aún con su ropa de dormir, y corrió al portal del fondo. Los dueños no se habían levantado. Ya en la cocina se trajinaba con el café y la leche del desayuno.

El jaulón, abierto y sin pájaros.

Los cochinos, gruñendo desde el corralón.

El patio, sucio de hojas caídas y mamoncillos agrios.

¿Para qué preguntas?

El pecho generoso la recibió y en el abrazo se juntaron las dos penas por la partida de Román...

–¡Se fue, Dengo!

–Tenía que irse, Crucita.

–Se fue de mi casa.

–Por no ser criado.

–¡Porque mi casa es una casa mala!

Se le abrazaba la niña... la mojaba con sus lágrimas...

–¡Una casa mala, Denguito, una casa sin flores!

Y al oírle la queja, al verle los ojitos desolados, Dengo, llenándola de besos, le dijo, convencida de lo que decía:

–Contigo volverán las flores a esta casa, Cruz María.

Se lo repetía...

–Volverán, y ya no se irán nunca más.

La sacaba de la cocina...

–Lo adornarán todo, lo perfumarán todo.

Se la llevaba al costado de los anones, dulce de yerba, tibio de sol...



-¿A dónde se fue?

-A un pueblo grande donde las escuelas abren de noche.

-¿Regresará?

-¡Claro que regresará!

-Para cuando regrese, ¿ya estarán las flores en mi casa?

Un rayo dorado las envolvía, acariciador...

-¡Tendrán que estar! De todas clases, de todos colores, por el portal del frente, por el del fondo, ¡hasta por los costados!

-¡Qué lindo, Dengo!

Caminaban sin ruido, despacio, sobre la yerba tierna...

-¿Y sabes lo que va a pasar entonces?

-¿Qué cosa?

-Al ver y oler tanta flor, los mamoncillos de tu patio se van a volver tan dulces que todos los pájaros, los del valle, los del río, los de la sierra, y hasta los del pueblo, vendrán a picotearlos.

-¡Los muchachos también se los querrán comer!

-¡Pues claro! Y hasta fajazones de muchachos con pájaros habrá por los mamoncillos.

Sonreían las dos al imaginar semejante disputa... el rocío les mojaba los pies...

-Román y yo también los comeremos.

-Y Belén y Loreto.

-Y Biembe.

-¡Y yo!

Y mientras regresaban a la cocina, húmedas de rocío, tibias de sol, la niña dijo algo que Dengo no entendió:

-Cuando mi casa se llene de flores, cuando se endulcen los mamoncillos y Elé vuelva, siempre que sea noche de cocuyos, se alumbrará mi lamparita.

La tabaquería era grandísima.

Los tabaqueros gente buena, como mozos de finca.

Como ellos, con dueños.

Mas por vivir en aquel pueblo enorme, leían, estudiaban.

Por trabajar en aquel pueblo enorme se unían unos a los otros.

Y era mucho lo que iban conociendo...

Y era mucha la unión que iban logrando...

Por eso se alzaban ante los dueños, enfrentándoseles.

Un niño aprendía allí los secretos del oficio. Aprendía que no solo hay obligaciones sino también derechos. Miraba cómo los tabaqueros, sin miedo a los dueños, defendían esos derechos.

Ellos lo sabían solo.

Lo veían incansable y trabajador.

Lo sentían bueno y hermoso.

Por eso le brindaban comprensión, ayuda y cariño.

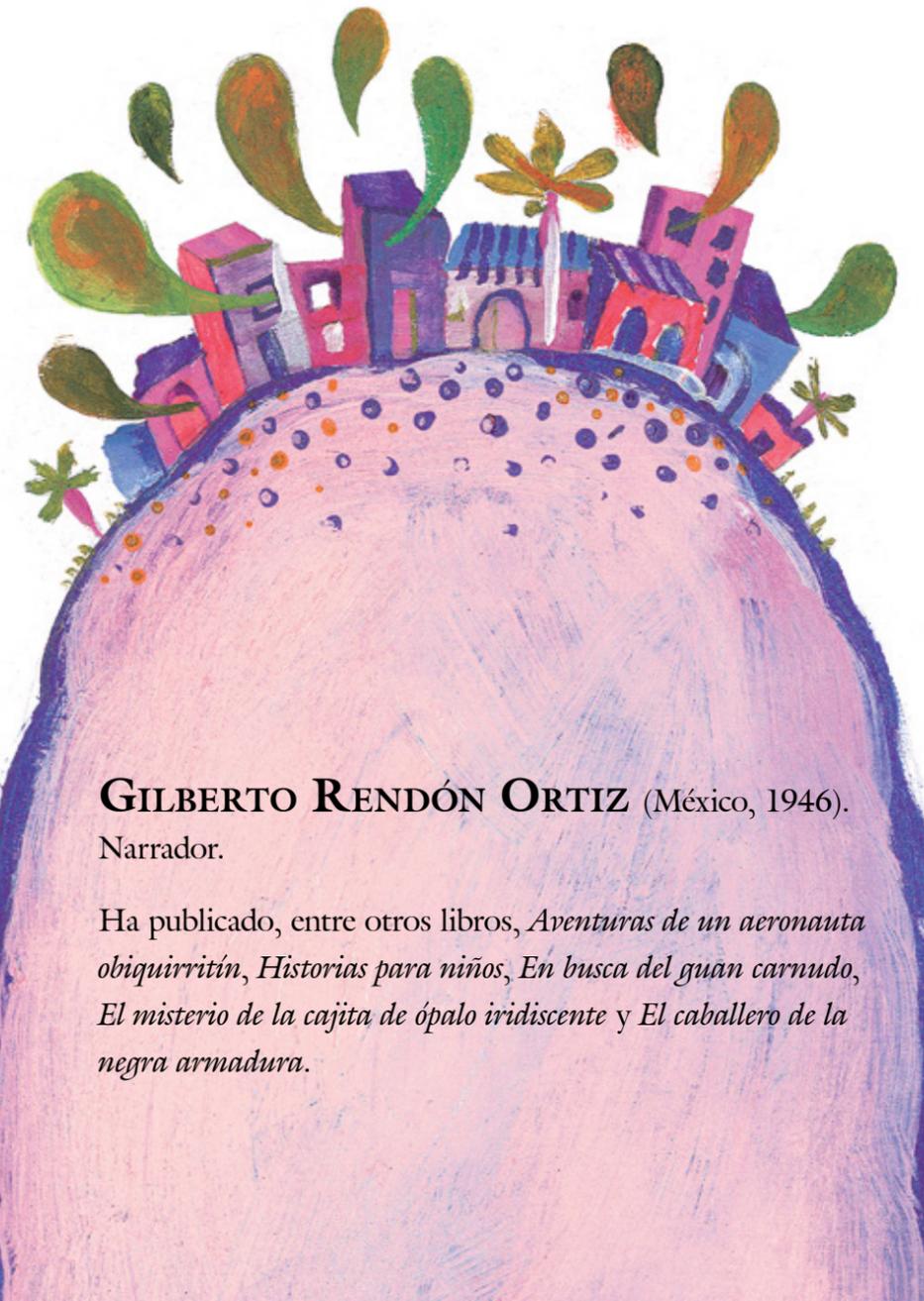
El depósito de la tabaquería era su casa y entre pacas, tercios y cajas, dormía. Debajo de la colchoneta vieja, sus dos tesoros: un bastón de palo de guayabo; un libro azul de páginas de seda y letras como soles.

Por las noches, alto, muy derecho, y fino, se iba a la escuela.

34



GRILLITO SOCOYOTE EN EL CIRCO DE PULGAS Y OTROS CUENTOS DE ANIMALES



GILBERTO RENDÓN ORTIZ (México, 1946).

Narrador.

Ha publicado, entre otros libros, *Aventuras de un aeronauta obiquiritín*, *Historias para niños*, *En busca del guan carnudo*, *El misterio de la cajita de ópalo iridiscente* y *El caballero de la negra armadura*.



YOLTI

La avispa roja huichichila es un insecto del todo bárbaro y salvaje. Hay que ver no más el penacho de plumas que lleva en la cabeza rubita, el taparrabos de fibra de algodón leonado y esa lanza ponzoñosa de la que no se separa para nada, ni cuando mastica hojas de chayote para fabricar papel bárbaro que usa en la construcción del panal, ni para recoger mielecita de la flor del venado cazahuate. Nunca se separa de esa lanza, como si estuviera en guerra florida con la avispa negra guitarrón. Pero esto no lo sabía Yolti, el cachorro amarillito y peludo del chatonarigate de Julito, y tuvo la mala suerte de asomar el hocico frío y húmedo allí donde la huichichila estaba poniendo sus huevecillos en un emparedado de cera y miel. Apenas lo vio, la muy salvaje se decidió a probar su tino de apache y clavó su lanza en una oreja del cachorro.

Esto ocurrió hace meses, pero todavía se acuerdan en el rancho de los aullidos y ladridos lastimeros del perrito y cómo anduvo días enteros con la oreja hinchada y adolorida.

La venganza del chatonarigate de su amito no se hizo esperar: quemó un chile guajillo y le aplicó castigo azteca al panal, echándole todo el humo con un aventador, para obligar a la avispa piel roja a irse con sus danzas guerreras a otra parte. Lo que no pudo ahuyentar el chico fue el miedo que se prendió con sus dienteitos afilados al corazón del perro. Un miedo no solo a las avispas de lanza envenenada, sino... Bueno, mejor no digo que nuestro cachorro se asustaba hasta de las mariposas vestidas de novia para que nadie se burle de él, pero sí tengo que confesar que se fue haciendo un perro cobarde y miedoso, indigno del cariño y confianza que le tenía Julito. A este no le importaba que el perrito fuese tan cobarde y seguía tan amigo suyo. Mejor dicho, sí le importaba, pero confiaba en que al crecer tan grande y fuerte como el setter que era su padre, el cachorro cobraría valor.

Lo grave es que el miedo había hecho su nido en el corazón del Yolti y si al principio era un miedecito así, pequeño y simpaticón, con el tiempo se convirtió en un miedote espantoso que atenazaba no solo el corazón del perro, sino todo su cuerpo, de la cabeza a la cola, erizándole los pelos del lomo, llenándole de frío la espina dorsal y robándole las fuerzas.

No todo era miedo y más miedo en la vida del Yolti. Casi siempre jugaba con su amo toda clase de juegos, en especial a la pelota. Entonces el perro ladraba alborozado y daba gruñidos de alegría que hacían pensar al niño que no había perro más bravo y valiente.

–¡Qué perrito tan bravo! –exclamaba orgulloso haciéndole unas caricias.

Y el Yolti, con esas palabras y caricias, sentía que el miedo huía de él. Sin embargo, al caer la noche, el miedo regresaba a su nido y Julito no estaba despierto para decirle palabras bonitas ni hacerle caricias de perro bravo y el pobre perro se metía abajo del catre donde dormía el niño y allí se estaba toda la noche haciéndole taca-taca-taca los huesos de pura tembladera. Al amanecer, se tranquilizaba del todo; pero, a cambio, se ponía triste, apenado de sí mismo y su cobardía. La voz del amito lo sacaba de sus amargos pensamientos.

–¡Yolti! –le llamaba, y el perro salía de abajo del catre moviendo alegre la colita, dejando atrás los miedos y las tristezas.

–¡Acompáñame! –decía el niño y ambos salían corriendo al patio a jugar.

Una vez, empero, al caer la noche, Julito le dijo al perro que tenía que quedarse afuerita en el patio porque habían visto a un cacomixtle rabopinto vagando en los alrededores. En el corral de los animales, la gallina blanca estaba echada en su nido y el niño tenía temores de que le robaran los huevos y acabaran con la nidada.

–¡Es la hora de demostrar lo que tú vales! –exclamó Julito antes de dejarlo solo.

La confianza de su amito le infundió ánimos, pero estos le duraron muy poco porque empezó a oscurecer y con la oscuridad el miedo se apoderó de su cerebro y de su cuerpo. Por suerte había una rebanadita de Luna que alumbraba con cierta claridad. Cuando apareció, el cacomixtle rabopinto iba confiado más en la sorpresa de su aparición que en las sombras de la noche.

Yolti, como era el único animalito que se mantenía despierto a esas altas horas de la noche, fue el primero que vio al intruso; pero, apenas descubrió la sombra silenciosa que se deslizaba por la barda más alta, cerró los ojos y hasta empezó a roncar.

–¡Vamos, valiente! –resonaba la voz de su amito en su cabeza–. ¡Es la hora de demostrar lo que tú vales!

Yolti abrió los ojos y lo que vio le hizo enderezar las orejas y animarse.

–¡Pero si es un gato disfrazado! –pensó.

Realmente el cacomixtle rabopinto parecía un gato con antifaz ya que su larga cola de 14 anillos blancos y negros se disimulaba entre las sombras de la noche y sus orejas redondeadas se ocultaban bajo una cacucha de gángster de película.

Los gatos eran los únicos animales a los que no temía nuestro miedoso amigo, así que respiró aliviado.

–Me parece que es el gatito piesnegros que se ha descarriado... Siempre me pareció que acabaría mal –se acordó del vecino, un gatito de su misma edad, al cual no podía ver porque en cierta ocasión le arañó la mano a Julito–. Me las vas a pagar... –se enderezó muy bravo.

Con suma cautela vigiló los movimientos del ladrón, dejó que bajase al corral y enfilara hacia la dormida gallina blanca, y solo entonces, cuando el cacomixtle rabopinto se preparaba a dar un zarpazo, el perro se lanzó sobre él, ladrando como un perrazo auténtico y despertando a medio mundo con el escándalo.

–¡Guau, guau, corre que te como! –ladraba furioso.

El cacomixtle se espantó de veras, pero al reconocer al cachorro miedoso en su atacante, recobró la calma y se arrimó al tronco del guamuchil con todos los pelos erizados y silbando groserías para intimidarlo.

–¡Huye perro miedoso! –decía el cacomixtle mostrando los colmillos.

–¡Ataca, amigo! –animaba al perro la presencia invisible de su amo.

La fama del perro miedoso se había extendido entre todos los animales silvestres y domésticos. La propia gallina blanca dudaba mucho que el perro pudiera defenderla y cacareaba espantada en su nido.

–¡So-co-co-co-co-co-có-rro!

–¡Ánimo, Yolti, tú eres más fuerte! –resonaba en el cerebro del perro.

Y el Yolti no dio un paso atrás cuando el cacomixtle se esponjó furioso, sino que le cayó encima como un ciclón, lo prendió del cuello y lo revolcó en el suelo. Sufrió, eso sí, un terrible arañazo en el hocico; sin embargo, el que sacó la peor parte en la lucha fue el intruso, el cual, apenas se vio libre de los colmillos del perro, trepó a la rama más alta del guamuchil. En ese momento salía el padre de Julito con una escopeta cuata y una lámpara de mano.

–¡Muy bien, valiente y fiel amigo! –le dijo al perro.

Julito también salía y al comprender lo que había pasado, abrazó al perro, lo acarició y le dijo cositas de perro bravo en la oreja.

Mientras tanto, el padre dirigía la luz de la lámpara a las ramas del árbol y gritaba con voz de meter miedo:

–¡Baja de ahí, cacomixtle rabopinto!...

Pero ni falta que hacía tratar de infundirle miedo si estaba más que escarmentado.

–Ya... ya... ya voy –tartamudeaba el pillo– no más que amarren a ese perro bravo.

Con el susto y la paliza recibidos, más una corta temporada en el parque zoológico de rehabilitación animal, este cacomixtle es más que seguro que nunca volverá a andar en malos pasos.

No voy a contar lo que sintió el Yolti cuando supo que se trataba de un cacomixtle de verdad y no del gatito piesnegros disfrazado. Nada más voy a decir que el miedo que tenía antes no se fue del todo de su corazón; pero cada vez que amenazaba con invadirlo y hacerlo miedoso, el perrito se acordaba del cacomixtle rabopinto; entonces, se figuraba que el miedo era un gatito y con ello le entraba tanto valor y coraje que el mismo miedo terminaba por encaramarse, lejos del Yolti, en la rama más alta del guamuchil.

40



GINO

Se llevaron a Misael al campo, montado en ancas de la mula colorada, y Gino se quedó mirando a través del agüita de sus ojos cómo se borraban las figuras en la distancia.

A mamá Ena le brillaron también los ojos, pero se cuidó de avivar con su tristeza la tristeza del niño y esa mañanita de tristezas se puso a pensar, como tantas veces lo hacía, en su muchachito triste.

Gino tenía diez años de edad, los mismos que su cuate Misael, pero mientras uno crecía fuerte y saludable, el otro tenía una salud delicada y parecía de siete, no de diez años, pequeño y delgado. Siempre andaba enfermo. La fruta verde, el agua fría, el viento, el sol, un descuido, el sereno, todo lo enfermaba. De ahí que no lo dejaran bañarse en el río, subirse a los árboles, comer fruta verde, corretear por todas partes como a su hermano Misael. Menos, ir al campo como ahora iba Misael, su cuate.

Aunque enfermizo y débil, Gino tenía sangre en las venas y un corazón bien puesto en el pecho enclenque. Quedarse en casa, ajeno al trabajo de los hombres, era algo insufrible para él. Mamá Ena lo sabía, igual que como sabía todas las cosas, pero no podía llevarlo ahora a los arrozales inundados, no hasta que recuperase esa salud que apenas conocía. Y mientras, en casa... ¿se pondría cada vez más triste? No, no. Había que pensar en algo para ahuyentar de su carilla pálida esa tristeza que le consumiría más que cualquiera otra enfermedad. De pronto, mamá Ena tuvo una idea y salió de la pieza corriendo de entusiasmo. Gino la siguió con la mirada húmeda y se sonrió. Allá, en la despensa, tenía olvidado un cucurucho de papel con semillas de chile. Ella misma las había apartado de unos chiles dulces, grandes y colorados, los más hermosos, grandes y dulces que había conocido jamás. Las entregaría a su hijo para que atendiese un chilar en el pequeño terreno desperdiciado que había junto al apantle. De

41



esta manera tendría ocupado los pensamientos, y el trabajo, que no es poco ni fácil, le haría sentirse útil.

En efecto, el chico tomó muy en serio la empresa, limpió el terreno de piedras y malas hierbas y empezó a preparar la almáciga. Las semillas despertaronse y echaron unos tallitos verdes y tiernos que, cuando tenían cosa de 6 o 7 hojitas, se trasplantaron al terreno, previamente preparado, con buenos barbechos, cruza, rastreos... Quiero decir con esto que el niño se entregó en cuerpo y alma a las labores que requería el chilar. A su tiempo siguieron escardas y ligeros aporques, riegos moderados y todos los cultivos necesarios para que el chilar fructifique. Las matas empezaron a llenarse de florecitas amarillas, pero al mismo tiempo Gino observó que algunas plantas estaban rabonas, algún animal se metía en la noche al chilar y se comía los brotes más tiernos y suculentos. A partir de entonces, todas las mañanas encontraba nuevos daños causados por el animal y como no acertaba a descubrir al culpable, buscó consejo en mamá Ena.

–Prepara un muñeco de cera negra y lo pones en medio del chilar, puede ser que se asuste y se vaya, pero si no se ahuyenta con eso, tanto mejor: caerá en nuestras manos.

Gino preparó un muñeco de cera negra del tamaño de un conejo. Sospechaba de un conejo teporingo zacatuche chincolo y dientuso, forastero que había establecido su chinancal en los cerros próximos, pero no se atrevía a acusarlo públicamente porque no tenía las pruebas en la mano. Y qué bueno que no lo hizo, porque el pillo resultó ser otro: el tepezcuintle.

Eran como las doce de la noche o la una de la mañana cuando llegó al chilar y se metió en las matas a mordisquear los retoños. De pronto vio el muñeco, se rio mucho de su aspecto y se acercó a él.

–¿Quién eres tú? –le dijo y como no contestaba le tiró un manotazo y se quedó pegado, porque la cera negra es pegajosa como chicle.

–¡Suéltame! –le gritó–. O te tiro un puñetazo –y, con el puñetazo, se quedó pegado de las dos manos.

–Digo que me sueltes –insistió el tepezcuintle–, todavía tengo libre las patas: me sueltas o te pateo –y diciendo y haciendo se quedó pegado de las patas.

–Me tendrás agarrado, pero todavía me quedan los dientes –y le tiró una tarascada.

Estaba revolcándose en la cera cuando llegaron Gino y Misael.

–Ahora verás, bribón –exclamó Misael–. Te vamos a comer nosotros por andar comiéndote el chilar.

–Y yo que le echaba la culpa al conejo teporingo –dijo Gino.

–Perdóñenme, niños –gimoteó el tepezcuintle cuando le despegaron de la cera–. Como este es el chilar más lindo del mundo no pude resistir las ganas de comer unas hojitas...

–Yo te perdono, tepezcuintle –repuso Gino halagado por las palabras del animal–, pero tendrás que pagar los destrozos que hiciste.

El roedor se quedó unos días en casa, ayudando a Gino a limpiar el plantío de malas yerbas y luego ya no se quería ir porque el muchachito le daba sopitas de pan deshecho en agua caliente, yemas de huevo y elotes tiernos de maíz. Además, platicaban de muchas cosas interesantes que a uno y a otro se les hacían chistosas o entretenidas y se divertían tanto que la carilla de Gino resplandecía de alegría.

–¿Cómo es que llevas un traje negro con rayas blancas? –preguntaba el niño–. ¿Acaso estuviste en la cárcel?

–Yo no –contestaba el animalito–, pero, según cuentan, uno de mis antepasados, sí. Era un bandido que hurtaba cosas ajenas y se comía las milpas en la noche. Una ocasión, estando comiéndose el maíz de una milpa, el dueño le cayó con sus perros que le mordieron las orejas y la cola. Lo metieron a la cárcel y le pusieron un traje así, negro con rayas blancas. Un día que hubo un gran mitote en el pueblo, se escapó en medio del alboroto y se escondió en una cueva. Por esta razón, hasta la fecha, sus descendientes tenemos las orejas y el rabo cortados y vestimos el mismo traje de preso porque no teníamos otro y luego, para diferenciarnos de otros animales, no vaya a ser que una escopeta nos confunda con un venado o un niño con un coyote...

El tepezcuintle a su vez escuchaba regocijado las historias de Gino y optó por no separarse del muchacho. Se quedó, pues, a vivir en su casa. Inclusive llevó a su tepezcuintla enamorada y juntos formaron un hogar en un rincón del tecorral.

Los chiles dulces se siguen dando en el chilar. Pronto, quizás, Gino acompañará a su padre al campo, como lo hace Misael, sin miedo a las miasmas de las aguas encharcadas y la posible asoleada. Nada puede ahora quebrar su salud y su alegría, ni contener las energías que se han despertado en su cuerpo. Hoy, empero, no podría ir a ninguna parte porque se halla ocupado atendiendo a las crías que le han nacido a la tepezcuintla enamorada. Son cinco y las cinco llevan el trajecito negro con rayas blancas del padre y de la madre. Con ellas en sus manos, se ha puesto a pensar que le gustaría hacerse médico de animales y a lo mejor llega a serlo, aunque para eso, claro está, todavía falta mucho.

LAS HISTORIAS DE JUAN YENDO

ENID VIAN (Cuba, 1948). Poeta, narradora y editora.

Ha publicado *Cuentos de sol y luna*, *El libro de los oficios y los juguetes*, *Che*, *miembro del río*, *De las rastrirrañas y las miñocorra*, *El corredor de tardes y otros cuadros casi contados*, *Fangoso*, *Cuentos con disparates*, *El misterio de las palomas errantes* y *Mamaíque y Cocó*.



JUAN YENDO

Juan Yendo era un caballo muy ágil, tan brioso y trotador, que siempre que se acercaba a un lugar, las cosas y la gente se ponían en actividad.

Al paso de Juan Yendo, las adelfas florecían, las gallinas empollaban y las hojas de los árboles reverdecían como si hubiera caído un aguacero.

Se sabía que venía de las montañas y que había nacido un día de mucho sol, de mucho más sol que el día que nació Petra la cotorra, Isabel la tortuga y Dora, la mata de maíz.

Cuando Juan Yendo se acercaba, la alegría venía flotando tras él como una nube de flores.

Un día que había llovido sobre el naranjal, sobre las hojas de lechuga, sobre el rábano y la acelga, sobre la col y el tomate, sobre el grumo del surco y el guijarro; y con la fría humedad, el verde, el amarillo y el blanco hacían un arcoíris del huerto, Juan Yendo se fue a cobijar debajo de una sombrilla de yarey adornada con hojas de yagruma que el abuelo Felo le había construido cerca del patio y, cuando dejó de tintinear la lluvia sobre las piedras, se dirigió al lugar de las hortalizas para olfatear el olor de los vegetales frescos, bañados por el agua.

Cuando se aproximó trotando corto, la lechuga comenzó a desperezarse y a desplegar sus hojas, los tomates enrojecieron en sus tallos, la col se hinchó y se encogió como un acordeón y todos despertaron del sueño frío, del mediodía lluvioso.

El grillo Millo, que siempre estaba «componiendo armonías», se subió a una hoja mojada y empezó a dirigir un concierto, con un compás de ruidos y murmullos de frondas, sacudidas por el viento.

El tomate se vistió de rojo, la acelga sacudió su cabellera encrespada y la habichuela se desabrochó el traje, para lucir su collar de semillas.

En el aire había un olor suave a tierra limpia, y todo invitaba a recitar y a cantar bajo los árboles.

El jagüey se puso atento, la pomarrosa afinó su oído y la lechuga, acompañada por el grillo Millo, improvisó estas décimas:

Décima de la lechuga

*Si mañana Juan madruga,
para escuchar otra historia,
sabrás decir de memoria
la décima de lechuga.
La décima de lechuga
no es de col y chocolate
ni de limón y aguacate
ni de huevos de tortuga
ni crisálida de oruga
ni cáscara de tomate.*

Por un momento, el cielo se nubló, pero tan solo fue un instante. Un rayo de sol se posó sobre una piedra y Juan Yendo, con voz inspirada, siguió la controversia:

*La cáscara del tomate
se parece a la lechuga
como el rábano a la oruga
y la acelga al chocolate,
es pues decir disparate
que hasta una piedra se arruga
que el huevo es un aguacate
y que sabe de memoria
donde comienza esta historia
Juan Yendo cuando madruga.*

El día se aclaró por completo. Las campanillas trepadoras se abrieron al sol, y el río manso que corría colina abajo arrulló a los gorriones que se mecían en las ramas.

El jagüey, con dos de sus retoños, comenzó a tocar las claves y el tomate cantó, ahuyentando a las palomas:

Canción de la ensalada

*En el huerto del abuelo
no ha crecido un arroyuelo
ni un enjambre, ni un polluelo.*

*Que salga el sol
para la col.*

*Pero sí, emperifollada
ha crecido la lechuga
y sobre ella, la oruga,
en su capullo encerrada.*

*El viento bate
para el tomate.*

El día se iba alejando con su paso de sol. Entre canciones, los niños salieron al portal con un buen ánimo para el juego, y el patio, lleno de carteles y recuerdos, se encendió con las brillantes luces de una feria; mientras, Juan Yendo trotaba por el sendero de guijarros y flores, despertando a las historias.





TICO EL ZUNZÚN

El zunzún iba y venía volando con su vuelo de ascensor, zun-subiendo y zun-bajando, por el jardín del abuelo Felo. Sorbía néctar de la flor color naranja, se posaba en una amapola y todos sus colores parecían flotar en el viento y bajo el sol.

Su flor preferida era la malva-flor, de pétalos ovalados y perfume fresco.

El pájaro era tan pequeño que cabía en lo hondo de la flor, y la malva-flor, al zumbido del zunzún, se abría con un suave movimiento. En aquella flor, como en una casa enjoyada, Tico dormía su sueño diminuto y cuando salía de su morada, perfumaba los vientos norte y sur con su aleteo veloz.

Aunque solía andar de flor en flor, ninguna podía compararse a la flor malva: o bien eran más pequeñas, o bien tenían unos largos pistilos que impedían un sueño de algodón, o bien eran demasiado orgullosas.

Un día en que Tomasa la rata salía a toda prisa del patio, tropezando con todo lo que encontraba en su camino, atravesó el jardín y se enredó entre las flores y arrancó con sus patas traseras la malva-flor.

En ese momento Tico había volado, con su aleteo zunzumbón, al jardín de la casa de Dira, la mata de maíz, y como se había entretenido con las abejas, por un instante, había olvidado a su hermosa flor.

Cuando vio pasar a Tomasa, con algunas hojas enredadas en el hocico, intentó un vuelo rápido a su jardín, y aunque soplabla un fuerte viento que lo empujaba en sentido contrario, utilizando su pico como la quilla de un barco se fue abriendo paso con dificultad; el viento decía flap-zun, flap-zun y el zunzún ripostaba zun-flap, zun-flap a toda marcha.

Cuando, por fin, llegó al jardín del abuelo Felo, buscó entre las margaritas, voló sobre las amapolas; pero no vio por ninguna parte a la flor malva. Preguntó a los geranios y a las abejas, voló en todas direcciones, sin resultado alguno.

A la hora del sueño, tuvo un sueño sin techo y en el momento de sorber su alimento, no tuvo apetito.

La flor amarilla le ofreció su néctar recién fabricado, pero el zonzún no quiso aceptarlo. La flor colorada hizo otro tanto, pero el zonzún le dio la misma respuesta, cortés y rotundo. Y se puso a aletear sobre las campanillas que tintineaban vestidas con su manto de mariposas.

–Ven a bailar el *baile de las antenas* –le dijo Nina.

Pero después del baile, Tico estaba aún más triste.

Al tercer día, del zonzún solo se veían los colores. Tanto adelgazó y se fue empequeñeciendo de tal modo, que solo la flor naranja lo pudo distinguir entre las hojas verdes y alargadas.

–La malva-flor, antes de irse, me dejó todo su perfume para ti –dijo la flor naranja con voz muy suave. El zonzún, incrédulo, se acercó para comprobarlo, y no hizo más que llegar, cuando exclamó:

–¡Es cierto! ¡Es cierto! –porque la flor naranja había guardado entre sus pétalos el aroma de su vecina y el zonzún lo reconoció al instante.

El pajarillo aspiró el perfume, sorbió el néctar de la nueva flor, y andando el tiempo, llegó a revolotear alrededor de ella con el mismo vuelo de ascensor, zun-subiendo y zun-bajando de alegría, recuperó su peso y su agilidad y en breve todos pudieron verlo de nuevo tal cual era.

–Aquí está Tico –dijo Reina la abeja–, que lo creía de viaje.

–Pero si es el zonzún –aclamaron las adelfas.

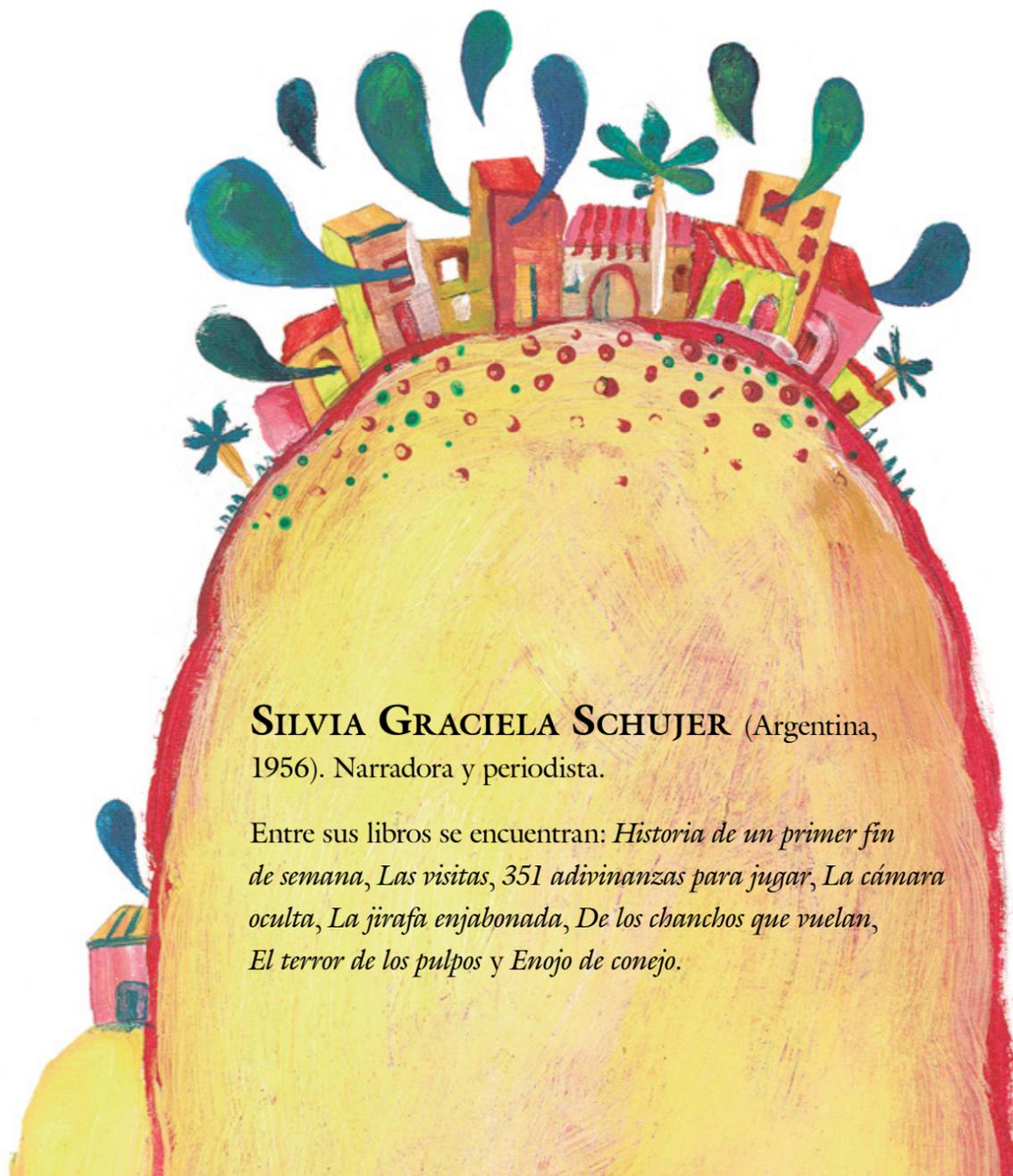
Y al zonzún, que siguió arrullándose en la flor naranja, se le quedó prendido en los latidos del corazón el perfume de aquella malva-flor previsor, de pétalos ovalados y aroma fresco, como su suave rumor.



CUENTOS Y CHINVENTOS

SILVIA GRACIELA SCHUJER (Argentina, 1956). Narradora y periodista.

Entre sus libros se encuentran: *Historia de un primer fin de semana*, *Las visitas*, *351 adivinanzas para jugar*, *La cámara oculta*, *La jirafa enjabonada*, *De los chanchos que vuelan*, *El terror de los pulpos* y *Enojo de conejo*.





LA LETRA DURMIENTE

(LO TERMINA DE ESCRIBIR
CUALQUIER OYENTE)

—**iN**o te vayas, por favor! —quería decir la letra «h» y no podía porque es muda.
—iRRrrrRRR! irrRRrr! —rogaba la «r».

—SS iSS! iSSS! —seguía la «s».

Pero era inútil. La letra «m» estaba totalmente decidida a irse. Así es que, prometiendo volver enseguida, abandonó el libro de lectura y saltó por la ventana del aula (quería pasear por el patio de la escuela).

Y en ese mismo instante, la maestra de cuarto grado entraba al aula.

—Buenos días, niños —dijo.

—Buenos días, señorita —respondieron los chicos.

—Saquen el libro de lectura —dijo.

—Sí, señorita —respondieron los chicos. Y cada uno apoyó su libro sobre el pupitre.

—Ábranlo en la página 10 —dijo.

—Sí, señorita —obedecieron todos.

Era una maestra demasiado seria la de cuarto. Los chicos le obedecían siempre (o casi siempre que es lo mismo). Y no solo los chicos, también los cuadernos y los lápices, las láminas y las tizas.

Así que ni les cuento lo nervioso que se pusieron los libros de lectura cuando la maestra estaba a punto de leer y la letra «m» no había vuelto.

—Empiezo a leer —dijo.

—Sí, señorita —respondieron los chicos y abrieron las orejas.

—«*Historia de la -ona -avía y el -ono Ra-ón*» —leyó la maestra.

—¿Qué es ono? —preguntaron los chicos.

—«*La -ona -avía y el -ono Ra-ón...*» —siguió leyendo la maestra con los ojos más abiertos.

–¿Qué es Raón, señorita? ¿Y aría? –volvieron a preguntar los chicos.

–Aquí pasa algo –dijo la maestra y se puso un par de anteojos arriba del que ya tenía puesto, para ver mejor.

Con un susto bárbaro, las letras del libro temblaban y se movían de un renglón al otro.

La maestra seguía poniéndose pares y pares de anteojos. Lupas y telescopios.

Los chicos no sabían con qué reírse más: si con la cara de la señorita o con las letras que, al moverse de aquí para allá, armaban palabras rarísimas. Hasta palabrotas.

Aprovechando el desorden, la «m» se asomó por la ventana y decidió volver al libro.

–¡Ahí viene! –gritó la «j» al verla. Y cada letra se fue ubicando en su lugar. Menos la «m» que de tanto corretear por el patio, se había quedado profundamente dormida en un rincón de la página. Trataban de despertarla pero no había caso. Dormía y dormía.

A esa altura, la maestra, desesperada, había salido a buscar a la directora. Por esa razón las letras pudieron pedir ayuda a los chicos:

–¡Por favor!, ¿podrían escribir la letra «m» donde corresponde? ¡Sean buenos! (¡ey!, ustedes, lectores...)

«Historia de la –ona –aría y el –ono Ra–ón»

*La –ona –aría
y el –ono Ra–ón
tienen seis –onitos
que son un pri–or.*

*La fa–ilia –ona
es –uy divertida
son todos –aestros
de las –onerías.*



Cuando todo estaba ya completo, entró la directora al aula.

–Aquí no veo nada raro –dijo mirando las letras del libro.

–¡OIA! –susurró la maestra y los chicos se rieron para adentro.

–Debo estar loca –pensó.

Y el cuento se acabó.

VICKI, LA VACA QUE VA EN UN BUQUE

Vicki era una vaca flaca comprada de ocasión. No daba leche y, por lo tanto, más que una vaca, era una vacasión. O una vaca sin vocasión. El campo no le gustaba. ¿El pasto? Menos que menos que menos. Amaba comer bizcochos. Bizcochos y bozcochuelos. O sopa de coliflor. De coliflor tricolor.

Vicki estaba de oferta cuando un señor la compró. De vaca, no tenía vocasión. Pero su precio isí que estaba de ocasión! Y he aquí la historia que ocasionó.

–¿Por qué no comés pasto, vaca tonta? –le decía el patrón con trompa.

–El pasto a mí no me gusta. Prefiero comer bizcochos...

–¡Bizcochos te voy a dar...! –el patrón la amenazaba para hacerla renegar.

Mas ella se lo creía y soñaba con que algún día el patrón le traería bizcochos de la bizcochería.

En tanto el día llegaba, Vicki vivía su vida como le daba la gana. No como cualquier vaca de las que en el campo abundan. Porque Vicki era una vaca vagabunda. ¿O una flaca vaca-bunda?

Además, no le caía nada bien a sus vecinos. Las vacas no la querían. Pues mientras todas pastaban para dar leche al patrón, ella se iba a algún rincón a ensayar una canción: soñaba con ser cantante. Solista del Teatro Colón.

Sí. Mientras las vacas pastaban, Vicki vocalizaba.

Hasta el día en que el patrón la descubrió y escuchan lo que pasó.

–¡Vacas flacas yo no quiero! –chilló el dueño sin rodeos–. Me apropiaré de su cuero. Leche no quiere dar y se dedica a vocalizar. ¿Dónde se ha visto comprar, una vaca para escucharla cantar?



EL VALLE DE LA PÁJARA PINTA

DORA ALONSO (Cuba, 1910-2001). Narradora,
poeta, dramaturga y periodista.

Entre los libros publicados figuran: *Aventuras de Guille*,
Once caballos, *El cochero azul*, *Teatro para niños*, *Palomar*,
La flauta de chocolate y *Los payasos*.



LA ABUELA DE LOS PÁJAROS

Tan pronto el delantal se despidió, fue a colocarse cara al viento, tomó impulso y ¡fus! salió volando como una garza.

Dispuesta a no perder la única oportunidad de llegar a conocer a Cirilina, Isabela no levantó el vuelo también porque nunca se le había ocurrido aprender a volar, pero se dispuso a seguirlo hasta ver dónde se posaba.

Ya Garralén volaba muy alto. Guiándose por él, echó a correr saltando de roca en roca, subiendo y bajando lomas. Y atravesaba arroyos y rodeaba precipicios, preocupando a las abejas, que al verla cruzar como una venadita asustada, cuchicheaban entre sí con agitación:

«¡Mira! ¡Mira! ¡Mira!».

Isabela ya estaba sin fuerzas cuando Garralén comenzó el descenso; parecía una banderita de paz moviéndose en el aire. Reanimada, se lanzó de nuevo a correr para tratar de darle alcance.

–¡Espérame! ¡Espérame! –le avisaba–. ¡Espérame, Garralén!

Pero al llegar al sitio donde lo había visto posarse, no encontró al delantal: solo vio la entrada de una cueva. ¡Garralén había escapado por allí! Resueltamente entró en ella, siguiéndolo. ¡Tenía que alcanzarlo!

–¡Garralén! –llamaba–. ¡Garralén!

–...e e e n...! –respondía el eco.

En esa forma atravesó la cueva, oscura como boca de lobo. A su final vino a salir a uno de los llamados hoyos, poljas o valles cerrados. El vallecito, redondo como una sortija, estaba rodeado de altísimos farallones cubiertos de helechos arborescentes y no tenía más entrada que la cueva.

–Si Quico pudiera ver esto, se quedaría lelo –murmuró la exploradora–. Se lo perdió por flojo.

En el centro del valle había una casa pintada de color naranja que hacía alegre contraste con los tiernos verdes que la rodeaban. Detrás de la vivienda se veía un platanal, unas cuantas colmenas y un cafetalito. Cerca de la salida de la cueva, en una palma de corcho, echada sobre el sombrero viejo de Cacafú, se hallaba la Pájara Pinta. Isabela vio un pájaro de madera bastante grande, de patas larguísimas, plumas pirograbadas y rizada gola. Tenía los ojos saltones, la lengua en forma de estilete y una cresta muy llamativa y dibujada. Lo malo era que no podía fiarse de lo que veía, porque Garralén aseguraba que la Pájara era transformista.

Tratando de no ser descubierta por el fabuloso ejemplar, salió de la caverna y entró en el vallecito. No se oía el vuelo de una mosca; pero apenas hubo dado unos pasos en dirección a la casa, la Pájara levantó la cabeza y cantó con fuerza:

–¡Teví! ¡Teví!

–¡Ay, mi madre! –se asustó al oírla. Sin saber dónde meterse, miró de refilón a la guardiana del valle y se trazó un plan–: Si consigo llegar a la vivienda, tocaré a la puerta, Garralén me abrirá y podré conocer a la abuela de los pájaros.

–¡Teví! ¡Teví! –cantó mucho más alto la cuidadora del valle. Fue un aviso. Se abrió la puerta de la casa asomando una ligera figurita blanca que al descubrir a la intrusa vino a su encuentro, saludándola.

–Bienvenida a mi valle. Te estaba esperando.

–¿A mí?...

–¿No eres una jovencita nombrada Como-te-llames?

–Eso lo inventó Garralén. Me llamo Isabela.

Todo lo dicho por su abuelo y por el montero Juan Palomo se confirmaba: Cirilina, vestida de novia, parecía estar cubierta de espuma. ¡Y qué cola tan larga la de su vestido! ¡Qué cola!... Al mirarla arrobada temblaba de alegría. ¿Sería cierto? ¿De veras era ella? ¡Que no fuera un sueño!

La abuela de los pájaros parecía adivinar sus pensamientos y le sonreía.

–Ya sé que Garralén te debe la vida y no lo olvidaré –dijo–. Ven conmigo. Has llegado a tu casa.

EL SECRETO DE CIRILINA

Isabela creyó estar soñando. ¡Iba a conocer los secretos que poetas, monteros y cazadores no habían logrado descubrir en cien años! Se sintió tan alelada, y puso tal cara de bobalicona, pestañeando como esas muñecas que cierran y abren los ojos sin ton ni son, que Garralén tuvo otro ataque de risa.

Al notarla emocionada, la abuela de los pájaros se echó al brazo la cola del vestido de novia y la sacó de la sala de los espejos, dispuesta a cumplirle el ofrecimiento.

–Es aquí, entra. Empezaremos por aquí –le advirtió delante de una puerta cerrada donde se veía un anuncio sugerente:

**ESCUELA DE ENAMORADOS
MATRÍCULA GRATIS**

Lo primero que saltaba a la vista en la escuela era una larga mesa cubierta de montoncitos de lana de ceiba, hilachas de flor de caña, raicillas, plumón y pajuelas. Junto a la pared, alineados en varios entrepaños, se exhibía una colección de nidos. El de zonzuncito parecía una burbuja, y el de solibio un cestico.

Al llegar a la escuela, la pareja enamorada escogía un modelo de nido de acuerdo con sus necesidades. Cirilina, más tarde, enseñaba a fabricarlo con los diferentes materiales que cubrían la mesa, recomendándole que, además de elegirlos resistentes al viento y la lluvia, los prefirieran bonitos, pues eso tenía tanta importancia como lo demás.

De todas partes llegaban parejas a matricularse. En la primavera el valle escondido se llenaba de noviecitos que pasaban su tiempo libre dándose el pico y alegrando a Garralén con sus arrullos.



–Ya viste la escuela. Ahora te enseñaré el sanatorio.

Y fueron al sanatorio, donde los pájaros enfermos se acurrucaban dentro de minúsculas cabañas indias de papel de China, alumbradas por cocuyos. Algunos, heridos por los tirapiedras, tenían las alas o las patas enyesadas, y piaban que daba pena escucharlos. Sirviendo de enfermeras, dos palomas buchonas blancas iban y venían de un lado a otro entre cortesías reverencias.

¡Nunca, nunca podría olvidar la niña de Mantua el mundo fantástico de la escondida polja! ¡La fina escuela! ¡El ordenado sanatorio! ¿Algo más? ¿Había algo más por descubrir?

–Sí hay –le dijeron, adivinándole el pensamiento–; claro que hay más: la escuela de canto. Es mi preferida y la que cuenta con más alumnos. Ahora está en reparaciones, pero de todos modos debes echarle una ojeada. Es bonita.

¡Ya lo creo que era linda! Por sus ventanas entraba el sol y podía verse el vallecito, sus rizados helechos, el cafetal florecido, las zumbantes colmenas... Aros de colores de distinto tamaño, ligeros como el aire, colgaban del techo. En ellos, durante las clases, se columpiaban los pájaros. Una magnífica galería de grandes trinadores, orgullo de la escuela, completaba el cuadro.

La maestra de canto, entre otras cosas, habló de cierto pitirre de en vuelta de Cabañas que estaba empeñado en trinar como los sinsontes, sin querer entender que para un pitirre siempre será preferible esforzarse en cantar como el mejor pitirre que llegar a ser un sinsonte de pacotilla.

–Piensa en este caso y no lo olvides. Es un buen consejo: a cualquiera le viene bien.

De esa manera terminó la historieta del testarudo de Cabañas; pero tratándose de algo interesante, la nieta del talabartero siempre quería más de lo que le daban, y salió pidiéndole a Cirilina una demostración de sus clases de canto.

–Cante un poquito, ¿quiere...? Ande, cante...

Cirilina quedó indecisa. Algo parecía detenerla, aunque acabó por decidirse. Dando unos pasos, extendió sobre el piso la cola de su vestido, separó algo los brazos y empezó a gorjear bajito, lanzando luego un trino perfecto que fue subiendo de tono. Al llegar al más alto, su cara se transformó en la de un pájaro de pico entreabierto, apareciendo entonces un ave prodigiosa. El suave plumaje, del airoso penacho a la espléndida cola, era de una blancura que solamente podía compararse con... ¡un traje de novia!

Al apagarse el trino, desapareció el ave y se oyó decir a la amiga de Garralén:

–¿Te gustó la clase, Isabela?

–Usted... ¡usted es un pájaro blanco! –saltó azorada-. ¡Se viste de novia porque es un pájaro blanco!

Sin admitir el comentario, la dueña del valle se apuraba en recogerse la cola del vestido. Parecía estar nerviosa.

–¡Déjate de novelerías! –protestó–. ¿Cómo voy a ser un pájaro? Resultas demasiado soñadora. ¡Vámonos de aquí!

¿Qué debía creer? ¿Cuál era la verdad? Rabiando por saber a qué atenerse, Isabela rogaba y machacaba, tratando de convencer a la impasible personita cercana.

–Por favor, dígame la verdad –le rogaba–. ¡Yo quiero saberlo todo!

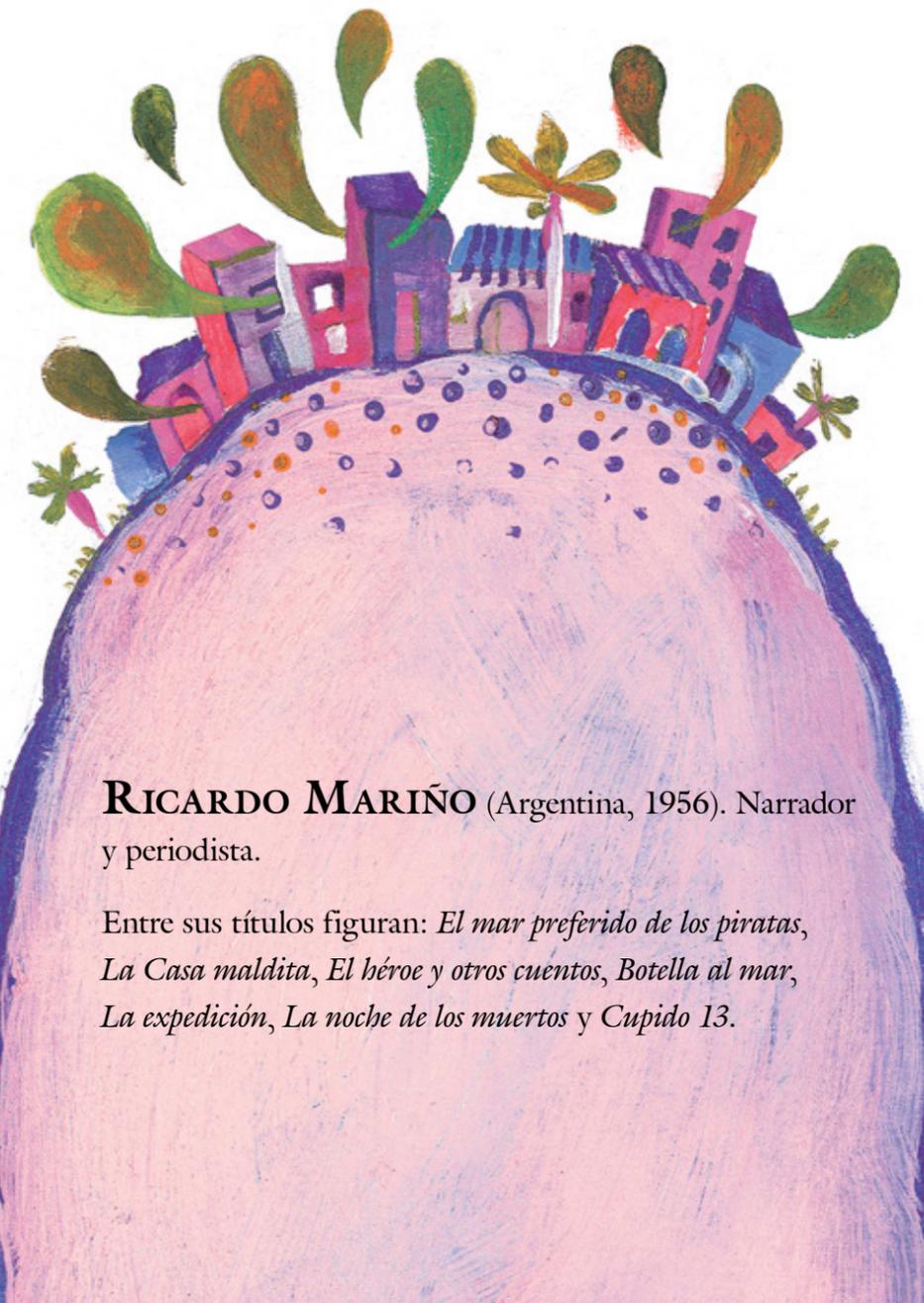
Hasta que Cirilina, aburrída e incómoda, puso fin al asunto con estas palabras:

–No insistas, Isabela –la reprendió–. ¿No comprendes que no hay quien pueda saberlo todo?

Y el secreto de Cirilina, si de veras lo había, siguió en poder de la abuela de los pájaros.



CUENTOS RIDÍCULOS



RICARDO MARIÑO (Argentina, 1956). Narrador y periodista.

Entre sus títulos figuran: *El mar preferido de los piratas*, *La Casa maldita*, *El héroe y otros cuentos*, *Botella al mar*, *La expedición*, *La noche de los muertos* y *Cupido 13*.

LOS MÁS FAMOSOS INVENTORES DE INVENTOS RIDÍCULOS

Los más famosos inventores de inventos ridículos viven en un viejo edificio de siete pisos.

En el séptimo piso vive Cátulo de las Canarias, el célebre químico español que inventó el dentrífico para dientes de peine.

En el sexto piso vive un matrimonio de farmacéuticos alemanes, inventores de un jarabe que hace ver a los sordos y mejora el oído a los mudos, además de una aspirina antimareos para caballos de calesita.

En el quinto piso del edificio de los inventores de inventos ridículos vive el italiano Pietro Cocuza, diseñador de una cinta roja y azul de quinientos kilómetros de extensión, destinada a hacer un moño en el planeta Júpiter, el día que alguien decida envolverlo como para regalo.

En el cuarto piso vive el profesor norteamericano John Faber, autor de un libro que contiene todas las cuentas de sumar, restar, multiplicar y dividir, con resultado equivocado. La idea es que toda persona que haga una cuenta en su oficina o en el colegio, consulte el libro; si la cuenta está tal como aparece en el libro de John Faber quiere decir que su resultado, lamentablemente, no es correcto. El libro tiene quinientos setenta y ocho tomos, pero aún no fue terminado, ni nadie lo ha consultado jamás, lo cual lo vuelve mucho más ridículo.

En el tercer piso no vive nadie. En su momento, el constructor olvidó hacerle puertas y ventanas. Una placa de bronce recuerda su nombre y aclara este bello gesto.

En el segundo piso vive el famoso botánico paraguayo Injerto Cítrico, conocido mundialmente por sus experimentos con frutales. Cítrico es inventor de una curiosa fruta con cáscara de ananá, que al pelarla da lugar a una cáscara de sandía, y al sacar esta aparece una cáscara de melón, y luego una de granada, y una de manzana, y una de banana, y una de naranja, y finalmente una de nuez.

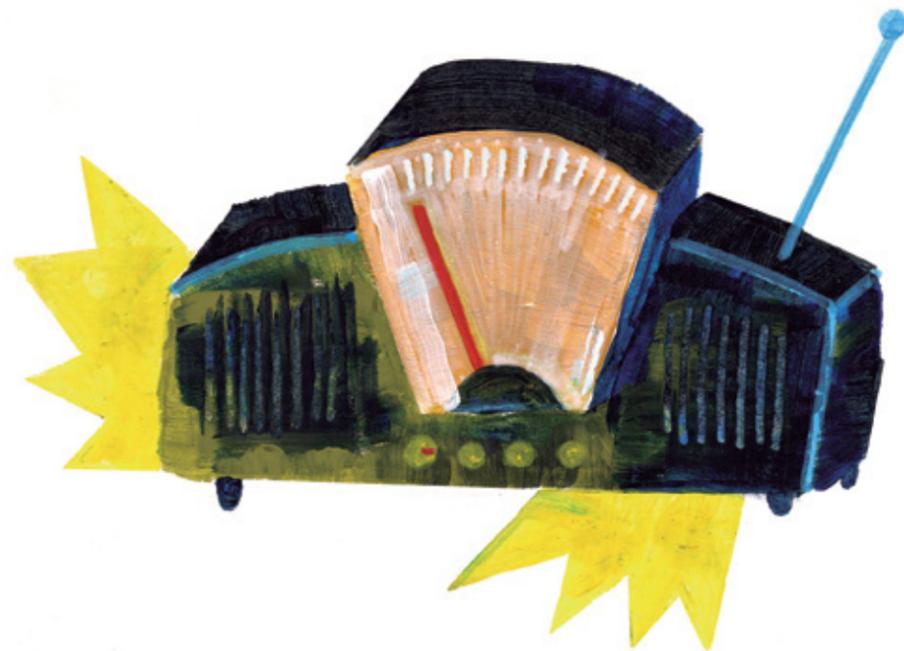


Al quebrar la cáscara de nuez aparece una pequeñísima radio que trasmite todo el día un único programa que dice: «coma fruta, coma fruta, coma fruta, coma fruta, coma fruta, coma fruta...».

En el primer piso vive el argentino Carlitos Gardel, que inventó un sistema para probar el funcionamiento de los fósforos. Se enumeran los fósforos del 1 al 100; luego se los raspa sobre una superficie áspera, especialmente diseñada para hacerlos entrar en combustión. Finalmente, si es que el fósforo encendió, se lo apaga en un frasquito con agua que viene en la misma caja del invento, se anota su número en la planilla, y se lo guarda en un estuche en el que dice: «Fósforos probados, listos para usar».

En la planta baja viven los miembros del jurado. Ante ellos deben presentarse los nuevos inventos.

El día en que se entrega el diploma al nuevo inventor, se hace una fiesta ridícula con cientos de invitados que lucen disfraces disparatados. Se sirve una cena de aceitunas con licor, tortas de yeso, bombones explosivos, tenedores de chocolate, platos repletos de globitos de soda y todo tipo de manjares. Luego se toman fotos del inventor, abrazado con cada uno de los invitados, haciendo muecas ante la cámara. Finalmente, uno de los miembros del jurado pronuncia un largo discurso, cantando como en una ópera, para destacar la ridiculez del nuevo invento.



TRES HÉROES

La función se iba desarrollando a las mil maravillas. El público había aplaudido de pie al Mago Kedramán, se había asustado con los rugidos del Temible León de Francia, se había reído de las cachetadas que se daban los tres payasos y se había quedado maravillado con el número de «Las Fabulosas Aguas Danzantes».

Vino entonces el número de acrobacia, a cargo del señor Kurt Krash y la señora Kiti de Krash.

Los dos acróbatas saludaron en el centro de la pista, tomados de la mano, y luego corrieron elegantemente uno a cada extremo de la carpa, donde se agarraron de sogas y ascendieron a los trapecios, a treinta metros de altura.

Se escuchó un redoble de batería y enseguida, agarrados de sogas, se lanzaron al vacío, uno en busca del otro.

La señora Kiti de Krash, en su vuelo, al llegar al centro de la carpa debía soltarse, dar tres saltos mortales en el aire, para después tomarse de una mano del señor Kurt Krash, que justo debía pasar por allí en su hamaca de soga.

Efectivamente, la señora de Krash se lanzó tomada con una mano de su soga y, al llegar al centro de la carpa, allá arriba casi rozando la punta más alta, se soltó. Dio tres increíbles vueltas en el aire, pero... lamentablemente algo falló, queridos lectores.

La mano del señor Kurt Krash no llegó a tiempo para tomar la mano de la señora Kiti.

El público gritó horrorizado.

Todo dependía ahora de los tres payasos, Pacucho, Pepucho y Cocucho, que eran los encargados de estar debajo, sosteniendo la red por si un acróbata caía.

Por suerte, los tres payasos estaban donde debían estar.

Desgraciadamente, estaban sin la red.



–¿Dónde está la red? –preguntó Cocucho, al ver que la señora de Krash no había logrado tomarse de la mano de su esposo–. Me parece que vamos a necesitarla.

–Yo creo que quedó en el armario, donde guardamos todas nuestras cosas –contestó Pacucho, señalando en dirección a los camerinos.

–Tendríamos que haberla traído –respondió Pepucho.

–Pepucho tiene razón –dijo Cocucho–. De todas formas es raro, porque todas las noches, cuando hacemos este mismo número, no nos olvidamos de traer la red.

–Ajá –dijo Pacucho y, como le gustaba particularmente decir «ajá», no se perdió la oportunidad de repetirlo–: Ajá.

–Bueno, en primer lugar hay que ir hasta el armario. En segundo lugar –comenzó a decir Cocucho.

–¡Abrirlo! –se apuró a completar Pepucho.

–Abrirlo, si es que tiene puertas cerradas –corrigió Pacucho.

–Esta mañana, tenía –apuntó Pepucho luego de pensarlo atentamente.

–Es cierto. Al menos una puerta tenía. Justamente la que abrimos para meter la red después del ensayo –dijo Cocucho.

–Entonces, vamos, no perdamos tiempo –propuso Pepucho.

–Un momento. ¿Qué pasa si el armario está abierto? –preguntó Pacucho–. ¿Acaso creen ustedes que será fácil abrirlo si ya está abierto?

–Hum... Pacucho tiene razón –observó Cocucho.

–Pero tampoco haría falta –dijo Pepucho.

–¿Haría falta qué? –preguntó Pacucho.

–Tampoco haría falta abrirlo –explicó Pepucho.

–De modo que tenemos que ir preparados para abrirlo en caso de que esté cerrado, y para nada si es que está abierto –concluyó Cocucho.

–No, para nada no. Para agarrar la red y venir a salvar a la señora Kiti de Krash –aclaró Pepucho.

–Eso mismo quise decir –dijo Cocucho.

–Quisiste decir lo mismo que yo –se entusiasmó Pepucho.

–Es natural. Los dos estamos tratando de salvar a la misma señora de Krash –dijo Cocucho.

–Los tres –corrigió Pacucho.

–Los tres, sí –reconoció Cocucho.

–Siempre los tres –recordó Pepucho.

–Hemos hecho muchas cosas juntos –suspiró Cocucho–. Desde chicos...

–Jugábamos a la bolita...
 –A las escondidas...
 –Tocábamos timbres y salíamos corriendo...
 –Le llevábamos regalos a la maestra.
 –Una vez le llevamos una caja.
 –Una caja con un sapo dentro.
 –¡Qué brutos!
 –¡Cómo se asustaba!
 –Bueno, basta. No nos pongamos sentimentales justo ahora que hay que salvar una vida.
 –Es cierto.
 –Sí, tenemos que salvarla.
 –Tenemos que salvar a la señora Kiti.
 –Repasemos: vamos a buscar la red –dijo Pacucho.
 –Volvemos corriendo. La rapidez es fundamental –dijo Cocucho.
 –Desplegamos la red debajo de la señora Kiti –dijo Pepucho.
 –O sea, en este mismo lugar –indicó Pacucho.
 –Y la salvamos –se entusiasmó Cocucho.
 –La salvamos de que se haga bolsa –aclaró Pepucho.
 –Y con toda seguridad salimos en los diarios –dijo Pacucho.
 –«Tres maravillosos payasos salvan a mujer acróbata» va a decir en los diarios –suspiró Cocucho.
 –«Tres héroes, tres valientes» –dijo Pepucho.
 –Oh, siempre supe que terminaríamos famosos –sollozó Pacucho.
 –¡Basta, basta! No es momento de pensar en eso –dijo Pepucho con decisión-. No perdamos tiempo...
 –¡Sí, rápido!
 –¡Corramos!

Cuando los tres payasos estaban llegando al armario, los detuvo el señor Director del Circo, el mismísimo Franco Tortorella. Les dijo que se apuraran, que fueran a saludar al centro de la pista con todos los demás, que ya terminaba la función.

Ah, la señora Kiti de Krash se salvó: alcanzó a agarrarse de un pie del señor Kurt Krash.

LOS CHICHIRICÚ DEL CHARCO DE LA JÍCARA



JULIA CALZADILLA (Cuba, 1943). Poeta, narradora y traductora.

Ha publicado *Los poemas cantarines*, *Cantares de América Latina y el Caribe*, *Las increíbles andanzas de Chirri*, *Los alegres cantares de Piquiturquino*, *Ruidos extraños* y *Por si las moscas*.



DE CUANDO LOS CHICHIRICÚ LLEGARON A ESTAS TIERRAS

Hace cientos de años, de las lejanas tierras de Kumbi Saleh llegaron un día los Chichiricú, dos duendecillos diminutos del tamaño de esos besos redondos y apretados que dejan en la frente una huella pequeña y húmeda. Los Chichiricú eran así: se hacían sentir aunque no se vieran y andaban siempre de un lado para otro, haciendo travesuras. Ella y él. Juntos en todo momento, vestidos solo con la piel muy tostada por el sol y mojada por el agua de ríos y lagunas. Un par de enanitos saltarines nacidos de una nuez de palma, de una cáscara de maní o de alguna piedra desconocida. Nadie sabe. Porque en aquellos tiempos, en las tierras de Kumbi Saleh sucedían cosas fantásticas. Y había mañanas en que las yucas se volvían piñas y las piñas se volvían bananos y los bananos se volvían arroz o el cielo se volvía amarillo y el sol azul y el mar se llenaba de palomas y los vientos de peces. Todo andaba al revés. Pero cuando algo de eso pasaba, la gente sabía que los Chichiricú andaban cerca, con el bastoncito de madera de guásima que usaban para hacerse invisibles y una de las guitarras más melodiosas que se han visto.

Y así andaban después los Chichiricú por estas tierras nuestras, riendo y bailando, tan jóvenes y ágiles como en los tiempos lejanos de Kumbi Saleh, siempre diminutos y juguetones, visibles o invisibles gracias a su bastón mágico. Porque ellos nunca se ponían viejos y aunque los soles y las lunas iban y venían de un extremo a otro de las costas, los Chichiricú parecían siempre acabados de planchar, estirados y brillosos, saltimbanqueando de la palma a la ceiba y de la ceiba al jagüey hasta que alguien pasaba por allí. Entonces ocurrían aventuras muy extrañas y todo el monte se llenaba de pronto de burbujas que, al estallar, sonaban como el chiquichiquichá de las maracas, que es la forma de reírse los duendes.

DE CUANDO SE MUDARON AL CHARCO DE LA JÍCARA

A los pocos días de estar por estos sitios, los Chichiricú comenzaron enseguida a construir su casa en el Charco de la Jícara: paredes de cáscara de guayaba y, como techo, una tajada de melón colorao. En los alrededores reinaba un gran alboroto: tocororos, pitirres, zunzunes, bijiritas, yaguasas, pericos y jutías congas volaban y corrían por las orillas del Charco, ansiosos de dar la bienvenida a los nuevos vecinos. Y recogieron flores de cundeamor, de flamboyán, de filigrana cimarrona; hicieron ramilletes de canutillos y mariposas y se pusieron a esperar que los dos primeros duendes que allí llegaban salieran a saludarlos.

Pero los Chichiricú no aparecían. Las horas pasaban y pasaban y los vecinos empezaron a impacientarse. En eso el zunzún comenzó a cantar y los demás a bailar, mientras las matas de majagua y de mango sonaban sus hojas unas contra otras como si dieran palmadas. El tumbaquetumba estremeció las aguas del Charco de la Jícara y los Chichiricú surgieron de repente, dando saltos de aquí para allá y de allá para acá, llenando el aire de risita y moviéndose con tanta rapidez que, siendo dos, parecían uno solo, sandungueando por el monte con las jutías congas, pericos, yaguasas, bijiritas, zunzunes, pitirres y tocororos de los alrededores.

Esa tarde, hubo guateque en la casa de paredes de guayaba y techo de melón colorao.

Y los vecinos aprendieron que a los Chichiricú siempre se les llamaba con música.



DE CUANDO ABRIERON MUCHO LA BOCA

82

Cuando los Chichiricú querían dormir, se encerraban en la casa de guayaba y melón colorao que siempre llevaban al hombro durante sus viajes, hasta que el reloj que marca las horas cantando tocaba una tumbadora del tamaño de un dedal para avisarles que había llegado el momento de despertarse.

Pero una mañana se levantaron con mucho sueño, y dicen la gente de Camajuaní que abrieron tanto la boca para bostezar que se viraron al revés.



DE CUANDO SE ENTERARON DEL MISTERIO DE LOS DUENDES LUMINOSOS

83

En las tierras de Villa Alborozo, los Chichiricú se trasladaron a un rincón de la laguna Baconao, donde vivían los Duendes Luminosos. Hacía ya tiempo que ellos habían oído hablar de aquellos parientes orientales y ahora, que estaban de paseo, no quisieron perder la oportunidad de conocerlos. Por eso, al acercarse a sus orillas, oían sonar como tambores sus corazones de güijes, pues la emoción, cuando es mucha, le hace sentir a uno cosas como esas.

El espectáculo que allí se encontraron parecía salido de un cuento de hadas: decenas y decenas de duendes recogían frutas y hierbas y alumbraban con sus cuerpos el paisaje de los alrededores, como si el día, en ese momento, se hubiera llenado de luciérnagas. De luciérnagas brillantes, que llevan en su interior una lamparita permanentemente encendida.

–¡Barambambán, Barambambín! –exclamaron los Chichiricú–. ¡Hemos llegado al pueblo de los faroles que caminan!

Y diciendo esto comenzaron a festejar esa ocasión haciendo sonar su guitarra de majagua con un entusiasmo tal que atrajo junto a ellos a todos esos parientes que, de lejos, eran soles semejantes a bombillos y, de cerca, bombillos semejantes a soles. Al menos eso pensaron los Chichiricú al verse en medio de aquel resplandor que volvía más verde lo que ya era verde, más rojo lo que ya era rojo y así sucesivamente, pues los colores son muchos y ellos, que estaban muy apurados por descifrar aquella jerigonza de luces, no tenían tiempo de enumerarlos todos.

–¡Son reverberos ambulantes! –dijeron asombrados–. ¡Son velas! ¡Son antorchas! ¡Son quinqués! –añadieron con tanta rapidez que solo los que oyen rápido podían entenderlos.

–¡Se equivocan, primos! –contestaron riendo el Duende Luminoso que parecía un candelero y también el que parecía una linterna y también otro gordísimo que parecía un reflector de 500 bujías–. ¡Siéntense aquí junto a nosotros y les haremos la historia de cómo la luna llena bajó un día a este rincón de la laguna y las cosas fabulosas que sucedieron después!

Y cuenta que te contaron, los Chichiricú supieron que un amanecer caluroso del verano, la luna llena quiso refrescarse en aquellas aguas. Y que tomó en ellas un baño tan largo que las dejó centelleantes, llenas de una claridad enorme que ha durado desde entonces y que tiñe el cuerpo de los que allí se bañan. De nuevo como en los cuentos de hadas, donde las lunas tienen mejillas, usan polvos plateados y ocurren prodigios similares a estos, porque las hadas y los Chichiricú –aunque ellas no hagan tantas pillerías– son casi la misma cosa, ambos hechos del material de los besos y de los sueños.

Más tarde, luego de haber conversado durante largas horas, los Chichiricú se despidieron de su fantástica parentela, prometiendo regresar otro día a esos parajes donde los güijes, según se les mire de cerca o de lejos, parecen bombillos o soles y donde, seguramente, se bañaron alguna vez los cocuyos que andan por los montes.

Y mientras comentaban la agradable visita que acababan de hacer y sus corazoncitos aún sonaban como tambores por la emoción sentida, abrieron y cerraron con fuerza los ojos para poder saltar al próximo cuento.

84



DE CUANDO PERDIERON EL BASTÓN MÁGICO EN UN CUMPLEAÑOS DE GÜIJES

Después de colocar con cuidado su casa a la orilla del río Anaya, en la zona de Ciego Montero, los Chichiricú salieron ese atardecer al cumpleaños de unos güijes amigos que vivían por allí. Y tan elegantes iban, que las cotorritas del pinar, para saludarlos, organizaron un coro como solo sabe hacerlo una orquesta de ese tipo.

Los festejos se celebraban al pie de la ceiba más frondosa y desde la copa de esta, sus frutos abiertos dejaban volar copos blanquísimos que salpicaban la hierba hasta muy lejos y caían sobre las cabezas de los duendes como si alguien estuviese repartiendo por el aire merenguitos frescos.

En eso, de dos oscuros nubarrones comenzaron a caer las gruesas gotas de un aguacero de verano. Sin perder tiempo, los güijes corrieron en todas direcciones buscando dónde cobijarse, y en esa algarabía las damas perdieron sus pamelas de yagua y los caballeros sus corbatas color flamboyán. Por suerte, al cabo de unas horas el sol ya brillaba de nuevo sobre la campiña y los festejos continuaron como si nada hubiese pasado.

Sin embargo, en la confusión producida por la lluvia, los Chichiricú no encontraban su bastón de madera de guásima, y los demás invitados tampoco lo habían visto por ninguna parte.

Muy ojitristes, los Chichiricú se sentaron a lloriquear bajo una palma, rociando con sus lágrimas de cristal todo aquel paisaje.

–Ba-ram-bam-bán, Ba-ram-bam-bín, ¿qué haremos ahora sin nuestro bastón mágico? –se lamentaban sin cesar–. ¿Cómo podremos aparecer y desaparecer sin él?

Y llorando estaban, cuando uno de los invitados fue a avisarles que el bastón estaba en el tonel de chichiripopa, que es el refresco que preparan los güijes en estas ocasiones. Pero tanto rato había estado sumergido en ese jugo de

85

marañón, que se había encogido a la mitad de su tamaño, a pesar de que los Chichiricú trataron de estirarlo halándolo cada uno por una punta. Pero nada, la varita de guásima, empapada, seguía tan pequeña como un palillo de dientes.

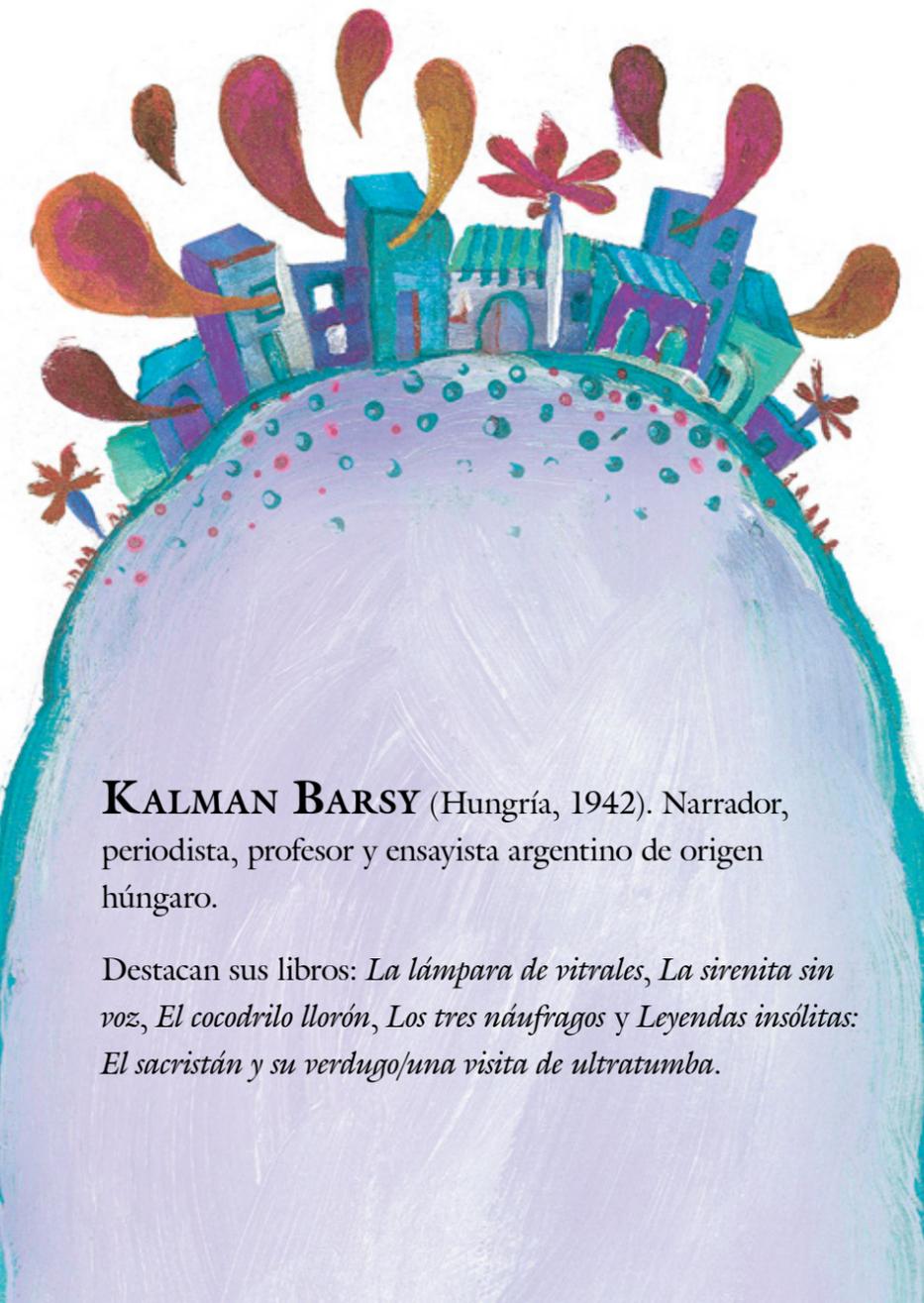
Llegó al fin el momento de cortar el pastelón de calabaza y los Chichiricú, como otras veces, fueron los encargados de soplar rápidamente las velas para que nadie supiera cuántos años cumplían los duendes de la fiesta. Porque los güijes nunca se ponían viejos y aunque los soles y las lunas iban y venían de un extremo a otro de las costas, ellos parecían siempre acabados de planchar, estirados y brillosos.

Después, cuando sacudieron el bastón mágico para que nadie pudiera verlos, uno de los Chichiricú solo se hizo invisible de la cintura para abajo y el otro de la cintura para arriba, y hasta que el aire y el calor terminaron de secar la varita de guásima haciendo que volviera a ser del tamaño que era, se quedaron así largo tiempo, saltimbanqueando en dos mitades, como las naranjas.

86



DEL NACIMIENTO DE LA ISLA DE BORIKÉN Y OTROS MARAVILLOSOS SUCESOS



KALMAN BARSY (Hungría, 1942). Narrador, periodista, profesor y ensayista argentino de origen húngaro.

Destacan sus libros: *La lámpara de vitrales*, *La sirenita sin voz*, *El cocodrilo llorón*, *Los tres naufragos* y *Leyendas insólitas: El sacristán y su verdugo/una visita de ultratumba*.



LA LEYENDA DEL CEMÍ

Había una vez una punta de roca que vivía en el fondo del Mar de las Antillas. Allí había estado siempre, desde el principio del mundo, medio enterrada en la arena y apuntando hacia arriba, en dirección a la superficie del mar que desde allí era apenas un lejano círculo de luz. A su lado desfilaban –lentas o presurosas– generaciones y más generaciones de distintas criaturas marinas a lo largo de los siglos. Así transcurría la existencia de la punta de roca en el fondo del mar. Entretanto, allá arriba, la luz del cielo danzaba en la alta superficie del océano.

Pero esta punta de roca no era como las otras rocas del fondo del mar. Durante su milenaria existencia, un gran anhelo la había distinguido de las otras. Ella quería crecer hasta el cielo. Después de todo, por algo era que su forma apuntaba –desde el fondo de los tiempos– en dirección a aquella membrana de luz que se veía en lo alto.

Todos los que por allí vivían sabían de la extraña esperanza que habitaba en aquella antigua punta de roca. Pero ninguno de sus vecinos la tomaba realmente en serio. Todas las criaturas del fondo del mar opinaban que el deseo de la roca era un sueño inalcanzable. Pasaba por allí el pulpo, por ejemplo, escuriéndose por la arena con movimientos de araña, y le decía:

–Eso es imposible.

Pasaba por allí la fina barracuda y le decía:

–Eso es imposible.

Pasaban las medusas como lánguidos pañuelos y le decían:

–Eso es imposible.

Pero la punta de roca no se resignaba. Con mineral determinación, persistía en su esperanza de existir en esta otra dimensión que nosotros llamamos el aire. Pasaban a su lado las formaciones de calamares, la vasta ballena azul, los

tiburones de lisa piel y las mantarrayas. Y a lo largo de las centurias y los milenios le repetían siempre la misma cantaleta:

–Eso es imposible.

Pero como no hay nada que dure una eternidad, un día muy especial las cosas sucedieron de otro modo. Se hallaba la punta de roca meditando como siempre, cuando, de pronto, un pequeñísimo cangrejo ermitaño se acomodó en un resquicio de su regazo de piedra para cambiarse de casa. La concha vacía que hasta entonces le había servido de hogar ambulante ya le quedaba muy chica y no lo dejaba crecer. Así que –con una mezcla de alegría y de tristeza en el corazón– abandonó su morada de concha para buscarse otra mejor. Pero en lo que buscaba y encontraba, se quedó desnudo en medio de la mar, expuesto a todos los peligros y a todas las desgracias.

Hay que aclarar que este cangrejito no era como los otros cangrejos ermitaños. A este le gustaban las fiestas, el baile y el vacilón. Al verse desnudo, se sintió tan libre de cuerpo y liviano de corazón que en lugar de buscarse un nuevo refugio se puso a bailar una plenita.

*menéalo
menéalo
de aquí p'allá
de allá p'acá
menéalo
menéalo
que se te empelota.*



En eso estaba el cangrejo cuando apareció por allí un mero cabritilla. Al verlo tan desnudito y apetitoso, al mero se le alborotó la cresta de puro gusto y enseguida puso a funcionar su boca de aspiradora para tragárselo entero.

–Uff, uff, uff –hacía el mero cabritilla, aspirando agua con el movimiento de sus agallas.

Un incontenible torrente empezó a arrastrar al cangrejito desnudo hacia la boca abierta del comilón.

–¡Socorro! ¡Auxilio! ¡Que me comen! –se puso a gritar el cangrejito, mientras hacía inútiles esfuerzos por resistir la correntada.

Aunque en el transcurso de su larguísima existencia la punta de roca había visto ya mucho dolor y mucho sufrimiento, su corazón de lava se apiadó del pequeño cangrejo indefenso y le brindó una de sus salientes rocosas para que se agarrara bien fuerte con sus palancas. Y así se aguantó el chiquitín hasta

que el mero glotón, cansado de chupar agua inútilmente, se fue a buscarse el almuerzo a otro arrecife.

Una vez pasado el susto, el cangrejito ermitaño se buscó rápidamente una concha de caracol vacía y, con su nueva casa auestas, volvió donde la punta de roca que lo había salvado de ser comido.

–¿Qué puedo hacer por tu felicidad, punta de roca? –le preguntó, agradecido.

Ella no le contestó, claro, porque las rocas no hablan. Su pétrea superficie no traducían la más mínima emoción ni esperanzas. Pero el cangrejito, que era del vecindario, sabía cuál era el secreto anhelo de aquella viejísima masa rocosa incrustada de erizos y rémoras de mar, aunque ella no se lo dijera.

–Por salvarme del mero comilón, yo te voy a ayudar a realizar tu deseo.

Y, filosófico, el cangrejito agregó:

–Nada es imposible en esta vida.

Tal vez hubo cierto escepticismo mineral en la manera de permanecer de la punta de roca; o acaso su movible corazón de lava se conmovió de sorpresa, porque era la primera vez en los incontables siglos de su existencia que una criatura viviente le decía que su sueño era posible. No lo sabemos. Lo cierto es que, fiel a su promesa, el cangrejito ermitaño puso manos a la obra.

Caminando de costalote a la manera de los cangrejos, se puso a bailar, rasgando con sus patitas sincronizadas el fondo del mar –que es la barriga del mundo. Se imaginaba que si conseguía provocarle cosquillas, a lo mejor se le zafaba una risotada o un retortijón: algo, en fin, que alterara esa falsa impresión de eternidad que tenían algunas de las cosas de este mundo.

Y así se la pasó de ahí en adelante el cangrejito, rasca que te rasca y baila que te baila al ritmo aquel de:

*menéalo
menéalo
de aquí p'allá
de allá p'acá
menéalo
menéalo
que se te empelota.*



En esta persistente tarea de buen amigo se le fue gastando al cangrejito su tiempo de vivir. Con el correr de los años, se convirtió de cangrejito en cangrejo, y luego en cangrejote. Lo de ermitaño ya sabemos que no se lo tomaba muy

en serio. En el transcurso de su vida conoció a muchas hembras de su especie y tuvo con ellas muchísimos hijos; y a todos los enseñó a bailar para provocarle cosquillas con sus patitas a la barriga del mundo. Por último, cuando le llegó el fin de sus días y se retiró a descansar para siempre de sus trabajos en el interior de la concha vacía de un gran carrucho rosado, ya eran incontables los cangrejos de su sangre que rascaban y bailaban en el fondo arenoso del mar.

Con el correr de los siglos –que para la antiquísima punta de roca eran como minutos para nosotros–, los descendientes de los hijos de los hijos de los hijos de aquel que se salvó de ser comido por un mero cabritilla del pasado remoto, formaron una nueva raza de crustáceos: los cangrejos cosquilleros. Sus patas y palancas se habían adaptado a la misión que se había impuesto el fundador de la raza y se desarrollaron extraordinariamente. Eran fuertes y delicadas a la vez, y conocían exactamente cuánta urgencia, cuánta suavidad y cuánto abandono había que poner en el baile para provocar la risa del mundo. Conocían también el sutil equilibrio entre el picor y la cosquilla, entre la cosquilla y el placer, y entre el placer y el aburrimiento. Con el correr de las generaciones sus cuerpos de bailarín fueron adquiriendo la forma precisa de aquella lejana voluntad que los impulsaba a rascar la barriga del mundo; del mismo modo que la punta de roca apuntaba con forma de pirámide en dirección a su destino de montaña.

Pronto aquella región del Mar de las Antillas quedó completamente transformada. Hasta donde alcanzaba la vista y más allá, pululaban los cangrejos cosquilleros –rasca que te rasca y baila que te baila–. Por allí pasaban navegando las criaturas marinas y todas se asombraban. Pasaba el calamar tintorero y se asombraba. Pasaba el mero bocón y se asombraba. Pasaba el cabezudo pez martillo, las bandadas de palometas, los delfines saltarines, y se asombraban también.

Pero lo más curioso fue que todos se fueron contagiando con la piquiña irresistible de aquel sabroso ritmo antillano que prendía a los cangrejos cosquilleros. Primero se le pegó a los delfines –como era de esperarse– y entraron a bailar con piruetas de payaso y acrobacias de batutera. Después fueron los caballitos de mar, muy comedidos, y un pulpo, todo enredado, que le hacía guiñadas de pirata a las colirrubias. Pronto todo el mundo submarino estaba prendido en el baile. La morena ondulaba, el mero se sofocaba, la mantarraya aplaudía, el balajú brincoteaba. Rojos de placer, los camarones se frotaban las antenas. Los ostiones roqueros tocaban los timbales y con voz de señora gorda cantó la ballena azul. Con desenfado meneaba su cola la langosta y un Carey centenario la ligaba con disimulo. Los carruchos sonaban como maracas:

trocotróc, trocotroc, trocotroc



Y raspaba el güiro del pez sierra en los corales:

Chííííí - iquichííííí - iquichííííí - iquichí

En fin, que allí se formó tremendo fiestón y al rato toda la cuenca del Mar Caribe palpitaba y se sacudía con un ritmo sabrosón:



*menéalo
menéalo
de aquí p'allá
de allá p'acá
menéalo
menéalo
que se te empelota.*



Y todas aquellas criaturas de mar, que por cientos de miles de años habían repetido que era imposible que la punta de roca marina se convirtiera en montaña, presintieron –mientras bailaban– que algo extraordinario estaba por suceder en el mundo.

Y, por cierto, en un brevísimo instante de historia sucedió lo que había estado acumulándose por los siglos de los siglos. El mundo ya no pudo resistir la intolerable cosquilla de tantas y tantas patas, palancas, aletas y tentáculos trabajándole la barriga, y reventó en un devastador terremoto de carcajadas planetarias que cambiaron por completo la faz de la tierra y del mar. La cara del mundo se partió de risa y de un lado quedó África y del otro América, separados por la grieta colosal de una inmensa mueca sonriente que se fue llenando de agua hasta formar el Atlántico Sur. Pero una parte de toda aquella agua salobre equivocó el camino y se le fue por el galillo viejo, provocándole un terrible acceso de tos sísmica que sacudió al mundo en su órbita y lo hizo escorar como un navío. Hasta hoy anda el pobre dando vueltas por el espacio con su eje virado como consecuencia de aquel sofocón.

El mundo hipaba y carraspeaba, y escupía fuego por los volcanes, ahogado de risa y de llanto. En su frente de naranja sideral le brotaron cadenas de montañas por el esfuerzo: el Himalaya, la Cordillera de los Andes, el Cáucaso, los Montes Atlas, los Alpes, las Rocallosas y todas las demás montañas del Terciario, que son las más altas y jóvenes del planeta. Esloquillao por el cosquilleo de su barriga antillana, el mundo se olvidó de los últimos vestigios de solemnidad glacial que le quedaban de la Edad del Hielo y terminó por abandonarse, él también, a los placeres de aquella piquiña sabrosa que lo hacía sacudirse y menearse al ritmo submarino de las patitas de los cangrejos:

*menéalo
menéalo
de aquí p'allá
de allá p'acá
menéalo
menéalo
que se te empelota.*



El mundo se sintió feliz. Se le alteró el curso de los ríos, se le resquebrajaron los continentes, se le anegaron los desiertos y se le derritió el hielo de los polos. Pero nada le importaba.

*menéalo
menéalo...*

Y así fue cómo, en un breve instante, todo lo que hasta entonces parecía eterno quedó patas arriba. Tanto se meneó y remeneó el mundo que de su barriga encrespada de sabrosura brotaron como veintiocho chorros de lava incandescente que hicieron nacer otras tantas islas en el Mar de las Antillas, para celebrar su alegría.

La punta de roca de nuestro cuento se sintió crecer y crecer, empujada hacia arriba por una fuerza incontenible que venía desde el centro de fuego de la tierra. Convertida en montaña, surgió de las profundidades submarinas con un fragor de espanto, envuelta en una inmensa nube de vapor de agua que oscureció la luz del sol en pleno día. El mar bramaba como todos los truenos del cielo juntos. Así nació la isla de Borikén, la menor de las Antillas Mayores, con su cumbre de piedra submarina, futura morada de Yukiýú y de los dioses del aire. Desde aquella altura, la punta de roca vio el horizonte sin fin, los continentes lejanos, la bola de fuego del sol, los pájaros del cielo y las nubes que navegaban en el aire. El viento de los trópicos recorría su superficie, vestida todavía con las babas del mar.

Y cuentan nuestros abuelos taínos que cuando se aquietó la lava fluida de su base, la montaña recién nacida se miró en el espejo del mar que había sido su morada y tuvo un momento de melancolía. Porque en medio de aquella magnífica felicidad había también una semilla de tristeza, y tanto la alegría como la tristeza quedaron grabadas para siempre en los flancos de piedra de la montaña. Por eso, nuestros abuelos los taínos representaban a la Patria bienamada

en forma de un Cemí que tiene dos caras: una para la nostalgia y otra para la esperanza.

¿Y los cangrejos cosquilleros? ¿Qué fue de ellos en medio de aquel cataclismo universal? Nada nos dicen sobre ellos las antiguas leyendas.

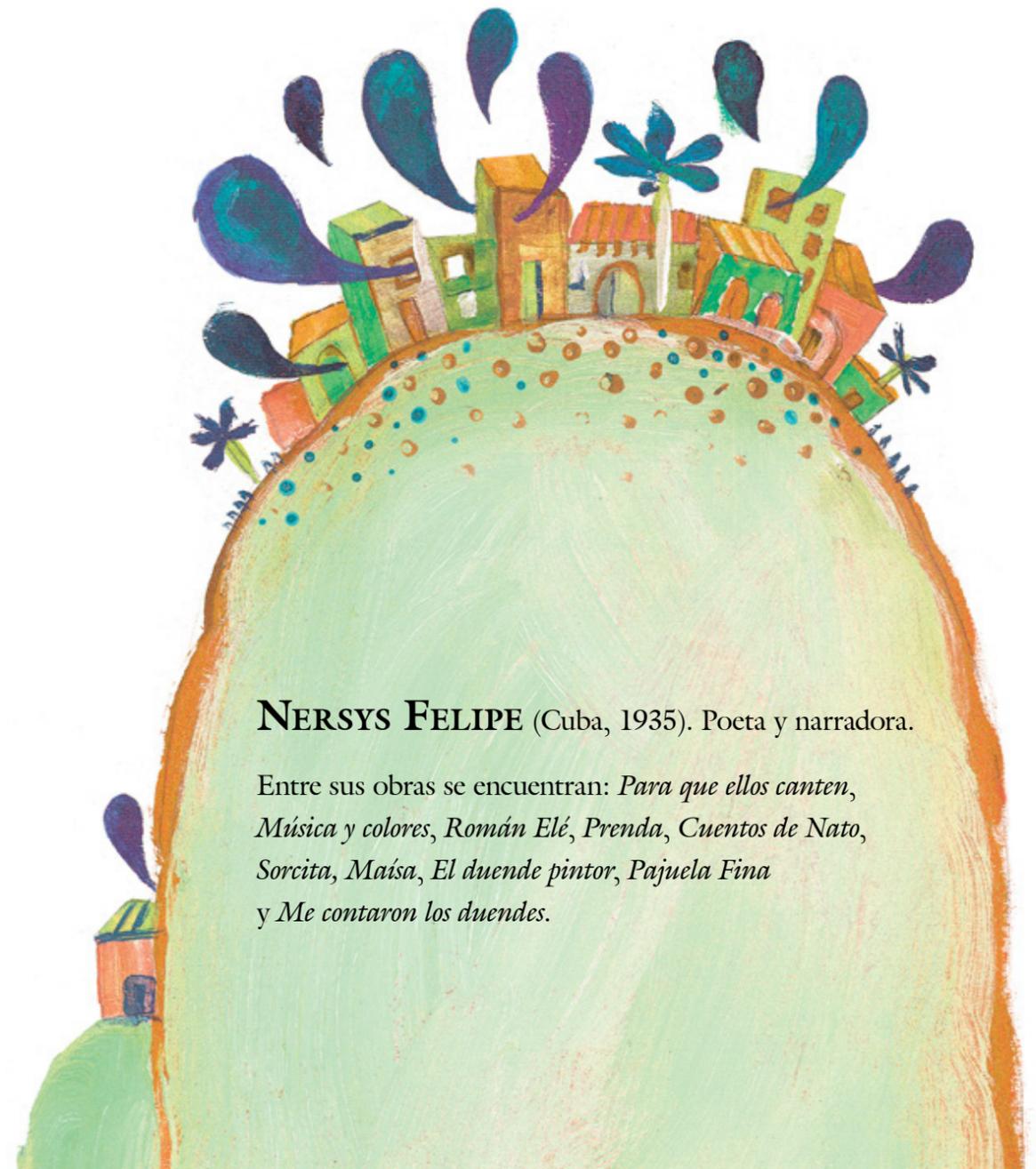
Pues, para que todos lo sepan, los cangrejos subieron a la superficie agarrados fuertemente de la punta de roca. Con el tiempo, aprendieron a respirar en el aire y a vivir en cuevas. Y hoy son los sabrosos jueyes de tierra que todos los días le hacen cosquillas a nuestra barriga de pueblo. ¡Mmmmmmmmmmmmmmm!



CUENTOS DE GUANE

NERSYS FELIPE (Cuba, 1935). Poeta y narradora.

Entre sus obras se encuentran: *Para que ellos canten*, *Música y colores*, *Román Elé*, *Prenda*, *Cuentos de Nato*, *Sorcita*, *Maísa*, *El duende pintor*, *Pajuela Fina* y *Me contaron los duendes*.





EL ABUELO

Al abuelo le decimos «tú», la abuela, Ine y yo. Mamá y papá, tía y tío y hasta doña Josefita, le dicen «usted».

Y es que el abuelo, aunque camina ligerito como yo, y habla firme como papá, y se acuerda hasta con colores y olores de las cosas que pasaron hace mucho tiempo, tiene, desde hace dos meses, noventa años.

Es tan viejo como el mortero de la abuela y como la mata de zarza del patio de adelante.

Pero eso no importa con el abuelo. Como tampoco importa con el mortero, que sigue machacando los ajos. Ni con la mata de zarza, que sigue dando flores rojas o moradas, que no sé bien de qué color son por causa de mi hermana Ine.

Hoy que es mayo, y que vamos a Guane sin Ine, me acuerdo del viaje de los noventa años.

–¿Llegaron los regalos del abuelo? –le pregunto a Ine.

Y ella me dice:

–¡La guayabera es cremita y tiene veinticinco alforzas!

–¿Las contaste?

–¡Son veinticinco, y los botones son veinte y todos de cuatro huequitos!

Entonces, salgo corriendo con Ine atrás y llego donde están papá, mamá, y los regalos del abuelo.

Y veo la guayabera, y las camisetas, y la botella de vino dulce, y veo también el sombrero. ¡Qué sombrero!

–Inés, tú le entregarás la guayabera.

Dice papá.

–¡Y yo, el sombrero! –casi grito.

Y es que lo más lindo es el sombrero: livianito, del color de los mamoncillos del patio de alante y con una cinta azul prusia.

Entonces, dice papá:

–Las camisetitas se las llevará mamá, y la botella de vino, yo.

Y así queda arreglado lo de los regalos.

Si este viaje fuera como el de los noventa años, vendría Ine, mamá no iría triste, ni papá serio, ni yo pienso que te piensa en aquel día de hace dos meses cuando llegamos a Guane con los regalos.

–¡Pruébatela, abuelo, pruébatela!

Chilla Ine, salta que te salta delante del abuelo.

Y él se pone la guayabera, y se va, con su paso ligerito de noventa años, a que se la vean en el corredor y en la cocina, que es donde está la gente.

Y dice Ine:

–¡Tiene veinticinco alforzas, los botones son veinte y todos de cuatro huequitos!

Y se ríen en el corredor y en la cocina, y celebran al abuelo, y le dicen «viejito lindo», y celebran también la guayabera de Ine.

En eso, llego yo por detrás, despacito, y digo:

–Agáchate, abuelo.

Y él se agacha.

Entonces, cojo el sombrero, se lo pongo, y luego le doy un beso grande y mojado, que así es como me gusta a mí dar los besos.

¡Y todos gritan, y aplauden, y dicen que el regalo más lindo es el sombrero!

Y yo sé que es así porque vi cuando al abuelo se le mojaron los ojos, y porque oí cuando me dijo al oído, bien bajito, para que yo solo lo oyera:

–Este es el sombrero más lindo de mi vida.

EN GUANE

A la casa de los abuelos va llegando la gente: Lolo, los barberos y los alumnos de la escuela de barbería, las muchachas del taller de costura, los que fueron alumnos de doña Josefita, los maestros, la gente de los hoyos del río...

La tía y el tío los van recibiendo y ellos van llenando la casa, muy serios.

Y qué pena la de los doce hijos que no viven con los abuelos, y que han venido con sus familias; y la de mamá, que ha venido con papá y conmigo.

Con tanta seriedad y tanta pena, está muy triste la casa de los abuelos, que tiene gente en el portal, en la sala, en el comedor, en los cuatro cuartos, en el corredor y la cocina, y hasta en el patio de alante.

En el sillón grande de la sala, al lado de doña Josefita, está sentada la abuela, que tiene la cabecita caída, pero no de sueño, sino de pena.

Yo, que las veo tan viejitas y tan tristes, las abrazo y las beso. Y como empiezan a llorar bajito, también me pongo a llorar.

El tío Biro, que me ve, me pasa el brazo por los hombros, como si yo fuera un hombre, y me lleva para el corredor.

Allí están mamá y Locha repartiendo café, y Chungo repartiendo los cigarros y los tabacos.

–Se murió el abuelo, ¿verdad? –le digo al tío.

Y él me dice:

–Sí.

Pero me lo dice mirándome derechito a los ojos, porque se ha agachado a mi lado como se agachó el abuelo para que yo le pusiera el sombrero de los noventa años.

Y como me acuerdo que al abuelo se le mojaron los ojos y me dijo bajito, para que yo solo lo oyera: «Este es el sombrero más lindo de mi vida», me abrazo al tío, y lloro por el abuelo.

Llorando estoy cuando oigo, pegadito a mi oído:

–Vamos, vamos, que no se debe llorar así por el abuelo. Su vida fue larga y buena.

Y la voz que oigo no se parece a la del tío. ¡Que es una voz como hecha pedacitos!

–¡Pero no lo veremos más! –le digo.

–No importa, recordaremos siempre sus cosas buenas –me dicen los pedacitos de voz.

Al ratico, el tío se levanta y nos vamos para el patio de atrás, donde está amarrado el caballo.

Allí están las doce gallinas con su esposo gallo y sus pollitos; y está también el cochinito nuevo, que el cebado se asó hace dos meses, cuando los noventa años.

En eso, llega un airecito del patio de alante, y el tío me dice:

–Huele.

Y como vuelve el airecito, y yo huelo, le digo:

–Son las flores del mamoncillo.

Pero como me acuerdo de los que el abuelo nos guardaba a Ine y a mí en agosto y septiembre, se me sale la pena por los ojos.

El tío, que me ve la pena, dice:

–Lolo dejó a la pintada medio mala. Parece que va a nacer el potro.

–¿Ya?

–Estamos en mayo.

–¡Es verdad, tío!

Entonces, él me dice:

–Verás qué gran potro trae la pintada.

Y yo, que lo oigo, me preocupo:

–Tío, ¿y si la pintada se pone muy mala porque el potro es muy grande y no puede nacer?

–La llevamos al veterinario.

Y así, hablando del potro, regresamos al corredor: «que hay que buscarle nombre; que cuando Ine lo vea; que ahora aprenderá a montar; que hay que conseguirle unos arreos bonitos; que si será bayo o pintado...».

En el corredor está sentada mamá. Cuando llego a su lado, como la veo seria y con la pena queriéndosele salir por los ojos, le digo, para alegrarla:



–¡Ya va a nacer el potro, mamá! La pintada está mala y estamos en mayo.

–¡Qué bueno, mi cielo! –me dice ella, y se sonríe.

Y yo me le aprieto, y le doy un beso grande y mojado, que así es como me gusta a mí dar los besos.

Entonces es cuando el tío, mirando las ramas, que son altísimas y que están cuajaditas de flores, dice:

–Verán qué mamoncillos tendremos para agosto. Serán más grandes y más dulces que los del año pasado.

Y cuando lo oigo, es como si oyera, no al tío, sino al abuelo. Y como mi pena es nueva, y todavía no se me ha escondido dentro del corazón, se me sale por los ojos.

Entonces, mamá, que la ve, me la va secando con sus dedos, suavemente, mientras me dice:

–Deja que llegue agosto y tu hermana Inés vea los mamoncillos.

104

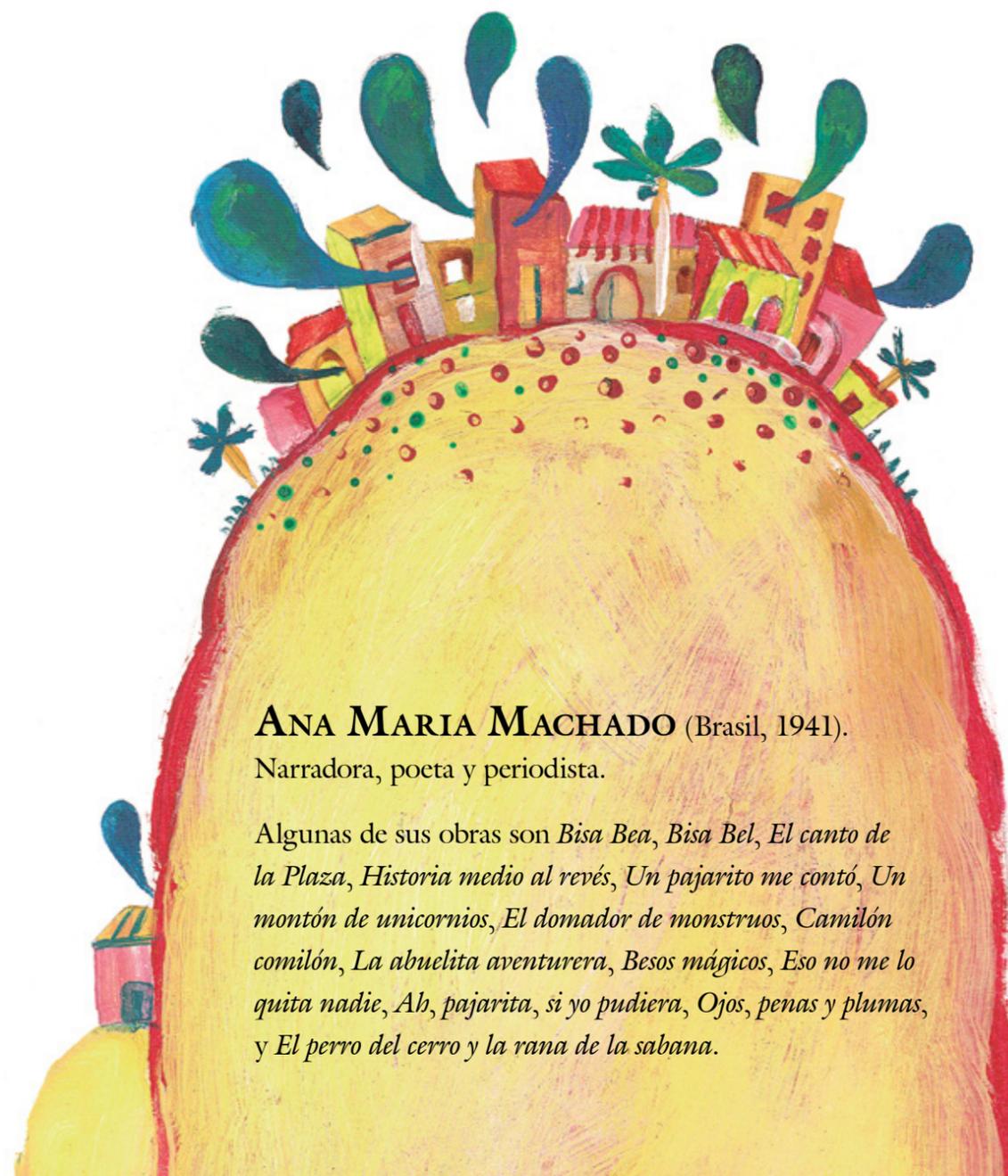


EL OJO EN LAS PENAS

ANA MARIA MACHADO (Brasil, 1941).

Narradora, poeta y periodista.

Algunas de sus obras son *Bisa Bea*, *Bisa Bel*, *El canto de la Plaza*, *Historia medio al revés*, *Un pajarito me contó*, *Un montón de unicornios*, *El domador de monstruos*, *Camilón comilón*, *La abuelita aventurera*, *Besos mágicos*, *Eso no me lo quita nadie*, *Ah, pajarita, si yo pudiera*, *Ojos, penas y plumas*, y *El perro del cerro y la rana de la sabana*.





EN LA TIERRA DE LOS RÍOS Y LOS BOSQUES

Incluso antes de abrir los ojos, Miguel ya sentía el calor y la humedad. Oía el ruido de los insectos, el canto de los pájaros, y de vez en cuando el ruido de una hoja pesada o una fruta que caía desde lo alto. No se asombró al ver que estaba en un bosque, con el sol escondido por la sombra de los árboles.

Cerca de allí, un lindo pájaro estaba posado en un gajo algo bajo. Podía ser una especie de pavo, capaz de abrir la cola en abanico cuando saltó al suelo. O de quetzal, con las plumas ondulantes, cuando voló. O de pavo real, con dibujos de ojos brillantes en las plumas, como si estuviese mirando con atención en todas direcciones. O de colibrí, suave y con más colores que el arcoíris, y mucho más brillantes. No tenía comparación. O de *arara*, *tucano*, *saira*, cualquiera de esas maravillosas aves de plumajes. No había forma de saberlo. Pero era lindo, y contemplaba a Miguel con un aire de viejo conocido.

El niño trató de buscar a su guía y compañero para saber qué ave era aquella. –¡Amigo! –llamó.

En verdad, con el grito asustó al pájaro maravilloso, que voló entre los árboles y desapareció. En el lugar por donde había desaparecido, se oyó, al poco tiempo, un ruido muy ligero, como de un gajo que se movía. Y por detrás del gajo apareció un hombre alto, caminando en dirección a Miguel, brillando con muchos colores, todo adornado con plumas y con el cuerpo bellamente pintado; de modales conocidos, una cara amiga.

Miguel lo observó mejor. La piel era del color del cobre, rojiza; y el cuerpo estaba pintado de rojo y negro. En la cabeza tenía una diadema de plumas, bien arriba de la frente, además de un peine emplumado, con adornos que parecían flores hechas también de plumas. En las orejas, aretes de plumas. No llevaba máscara, pero un adorno de hueso atravesaba su nariz y otro de plumas estaba sujeto a su labio inferior. Casi parecía un pájaro mágico. El resto del cuerpo

también estaba cubierto de joyas hechas de plumas. Colgado del cuello, cubriendo el corazón, y sujeto a una cinta de plumas, llevaba un pito entre dos manojos de largas plumas rojas de araras. También había plumas en pulseras, brazaletes y perneras, como si fuera un pájaro humano. No es de extrañar que Miguel no lo hubiera reconocido enseguida:

–¿Quién eres?

– Ya tú me viste antes...

–Te estoy encontrando algún parecido, pero no logro saberlo con seguridad. Creo que eres el pájaro que me trajo bajo la lluvia, silbando lindo, montado en el viento, de plumas blandas con un pecho agradable.

–Puede ser...

–¿O será que eres aquella ave maravillosa que andaba por aquí ahora?

–También puede ser...

Miguel miro con más atención y se rio:

–Puede ser, nada... Estás con todas esas formas de pájaro encantado, toda esa belleza de plumas, pero eres gente, no eres un ave. ¿Quieres saber algo más? Eres Amigo, ahora te reconozco. Solo que estás muy diferente.

Amigo también se rio:

–En verdad estás aprendiendo. Conociendo todo, Miguel; a las aves y a los hombres. Los secretos de la tierra, y sus encantos.

–No, no sé muy bien si estoy conociendo. Creo que todo es la misma cosa, y no puedo entenderlo muy bien.

Amigo estuvo de acuerdo:

–No siempre es posible entender, pero a veces, aun así, es posible saber. Y hay cosas que tú estás aprendiendo. Por ejemplo, me estás conociendo.

–No estoy seguro. Creo que eres todo junto, el Amigo vestido de sol y de oro, de lana y de plumas; y creo que también eres el Ave de ojos en las plumas.

–Eso mismo –concordó Amigo–. Siempre con el ojo en las penas del mundo.

–¿En las *penas* del mundo? –repitió Miguel, de nuevo sin entender muy bien. A veces Amigo resultaba muy misterioso–. ¿Y el mundo tiene plumas?

–¿Quién no tiene?

Entonces fue que, de repente, Miguel entendió y encontró gracioso el chiste:

–Ah, sí, tú estás hablando de otros tipos de penas... De gente que está penando, sufriendo, triste, aburrida. De gente que siente pena por los otros. De gente que cumple pena en la prisión... Yo sé de eso. El otro día estaba jugando con mi madre un juego de palabras y ella me vino con una de esas, me costó mucho adivinar. Era con *vela*, la que tiene el barco de vela, vela de motor, vela de encender; esas cosas. Me gustó mucho eso, Amigo. Lo encontré divertido.

Es cierto. Todo el mundo tiene penas. Y tú eres quien más tienes, porque también tienes todos esos adornos de plumas de verdad, y además, estás con los ojos puestos en las penas del mundo.

–Fuiste tú quien habló del Ave con ojos en las plumas...

–Sí... aquel pájaro que estaba aquí antes, que a veces parecía un pavo real con un ojo pintado en cada pluma de la cola, un pájaro mágico, ¡qué sé yo!... Creo que eres tú, que te conviertes en gente y en pájaro. Ya hasta le encontré nombre. Para él, para ti.

–¿Cuál es?

–El Ave que Cambia.

Ahora fue Amigo quien no entendió. Porque él lo repitió así, como si fuera una palabra nueva, medio mágica:

–¿El Ave Quecambia?

–Sí... Quecambia... ¿No te parece que es un buen nombre? Tú te conviertes en gente, te conviertes en pájaro, en silbido de flauta, en regazo de ángel para cargar gente, te conviertes en pueblo antiguo, en amigo nuevo, lo conviertes todo. Y cambias también las ideas que uno tiene en la cabeza, pensando que están todas ordenaditas, lo cambias todo y lo pones patas arriba.

–¿Cómo es eso?

–Antes yo creía que el secreto de la tierra debía ser algo así como un tesoro enterrado. Tú cambiaste esa idea con las cosas que me mostraste. Estoy comenzando a creer que es la sangre que nuestra tierra bebió.

Quecambia miró a Miguel con cariño y orgullo:

–Tú eres un niño muy inteligente... ¿No te dije que estabas comprendiendo, comenzando a conocer?

–Pero hay muchas cosas que no entiendo todavía. ¿Quieres saber una? ¿Qué lugar es este en donde estamos ahora? No es el mismo de ayer.

–¿Ayer? –se extrañó Quecambia.

–Sí. Esta no es la tierra de las montañas y los volcanes.

–No. Esta es la tierra de los ríos y de los bosques.

–¿Y por qué tú estás diferente y parecido?

–Piensa un poco, Miguel.

–Debe ser porque quien vive aquí es diferente, y al mismo tiempo parecido con el que vive en las montañas. Como si fueran hermanos.

–Eso mismo –confirmó Quecambia–. ¿No te dije que poco a poco ibas a saberlo todo?

Pero todavía eran muchas las cosas que Miguel quería saber:

—¿Aquí también llegó gente del otro lado del mar, diciendo que estaban descubriendo? ¿Para al final acabar solo llevándose todos los tesoros?

Quecambia le explicó:

—Igualito. Los tesoros eran diferentes, pero el modo en que ocurrió fue muy parecido. Siempre es así. Diferente y parecido. Como hermanos. Todos hijos del sol.

—¿Hijos del sol?

—Muchos lo saben y lo cuentan. Otros tienen historias diferentes. Ven acá.

Quecambia salió caminando por entre los arbustos y ramas del monte, en dirección al río. Miguel fue detrás, sudando, con mucho calor. Cuando llegaron a la orilla, se quiso bañar, refrescar el cuerpo. Quecambia le dijo:

—Quien entra en esas aguas puede convertirse en muchas cosas. Haz la prueba.

Miguel entró en el río para bañarse. Se convirtió en *ticuna*. Incluso antes de que los *ticunas* aparecieran. En el tiempo en que solo existía en el mundo el gran espíritu de *Iute*, que siempre había existido entre los pájaros y los árboles, en un lugar bonito y tibio, sin sol y sin lluvia. Un día, *Iute* fue a bañarse a un río muy parecido a este. Cuando se miró en el agua, vio que se estaba volviendo viejo y se puso muy triste, y pensó:

—Si muero, la tierra quedará muy solita y va a ser muy triste. No es bueno que esto ocurra.

Regresó a su casa muy pensativo. Estaba tan distraído que ni sintió que, por el camino, un insecto le picó la rodilla. Enseguida le fue entrando un sueño muy grande. Tan grande que no podía sostenerse en pie cuando llegó a la casa, y rápidamente se fue a acostar en la hamaca. Cuando despertó, al día siguiente, era ya muy tarde, pero *Iute* no se pudo levantar, porque la rodilla la tenía muy dormida y estaba muy hinchada. Cuando miró bien, notó que dentro de la herida inflamada había dos seres muy pequeñitos que se movían. Entonces preguntó:

—¿Quiénes son ustedes? ¿Cómo se metieron ahí dentro?

Pero ninguno respondió. Estaban muy ocupados trabajando y continuaron trabajando, trabajando, allí dentro de la rodilla de *Iute*. Entonces *Iute* se puso bravo con aquellos dos que no le hablaban y decidió levantarse. Pero, cuando se puso de pie, no aguantó y se cayó. Cuando la rodilla se golpeó contra el suelo, explotó. Y los seres pequeñitos salieron y comenzaron a crecer. *Iute* iba muriendo, muriendo, y ellos creciendo, creciendo hasta que fueron grandes y comenzaron a ser el pueblo *ticuna*, con muchos hijos y extendiéndose por más tierras.



A Miguel le gustó haberse convertido en *ticuna* y saber todo eso. Pero decidió darse otra zambullida en el río, solo para saber lo que sucedería. Esta vez se convirtió en *camaiurá*. Incluso antes de que los *camaiurás* hubieran existido. En el tiempo en que solo existía en el mundo el gran espíritu *Mavutsinim*. Todo era muy bonito, pero *Mavutsinim* vivía muy solito. Un día, hizo que una concha se convirtiera en mujer y se casó con ella. Cuando nació el hijo de ellos, *Mavutsinim* decidió que el niño iba a ser el padre de todos los *camaiurás*. Y es por eso que los *camaiurás* son nietos de *Mavutsinim*.

A Miguel le gustó haberse convertido en un *camaiurá* y saber todo eso. Y quiso ser *juruna* y *maué* y *caapor* y *beico* de *pau* y *arara* y *cinta larga* y *carajá* y *canela* y *cadivéu* y todo tipo de indio para saber con su piel mojada cómo habían surgidos todos y cómo habían aparecido todos los animales, y el sol y la luna, y la noche y el día, y cómo los hombres habían obtenido el fuego en cada lugar y cómo habían surgido el maíz y la yuca, y el *guaraná* y el *urucu*.

Pero Quecambia ya lo estaba llamando:

–Vamos, Miguel. No puedes quedarte ahí toda la vida.

Por lo que Miguel protestó:

–Todavía no he vivido las historias de los hijos del sol.

Quecambia dijo:

–Algún día tendrás tiempo. Todavía tenemos mucha agua por delante. Mucha agua, mucho aire y mucha tierra.

Miguel insistió:

–Solo otro poquito...

–Está bien. Pero no te demores. Esta vez solo mójate un poco.

Miguel se mojó la cara en el río. Ni siquiera llegó a convertirse en tribu alguna. Solo vio a un gran espíritu que vivía solito en el mundo y por eso decidió hacer a los hombres. Fue haciendo unos muñequitos de *tabatinga*, ese barro que es tan bueno para jugar en la orilla de los ríos. Y los muñequitos tenían cuerpo de hombre y de mujer. Los hacía, y los ponía en el horno para secarlos. Al principio, se puso muy impaciente y no aguantó el tiempo necesario para ver el resultado de su trabajo. Sacó enseguida a los muñecos del horno y ellos todavía no estaban listos, estaban muy descoloridos, blancuzcos. Se convirtieron en gente, y salieron por el mundo los hombres blancos. Así que para que eso no ocurriera de nuevo, el espíritu decidió dar bastante tiempo para que toda aquella gente estuviera lista.

Acabó dejándola asar demasiado: la hornada, enterita, era de muñequitos negros, los hombres negros que salieron después por el mundo. La tercera vez, el espíritu había aprendido el tiempo que quería esperar y prestó más atención.

En el momento preciso, cuando los muñequitos salieron del horno, estaban como él quería: rojitos, coloreados, del color de la tierra. Así se convirtieron en indios de todas las naciones y salieron por ahí poblando la tierra de los ríos y los bosques.

La voz de Quecambia interrumpió:

–Vamos, Miguel...

–Espera un momento, creo que ahora viene una historia de jaguar. Yo me iba a convertir en cazador de onza si tú no me hubieras interrumpido.

A Quecambia le dio gracia:

–Miguel, amigo mío, hay tantas historias en esas aguas que no tendrían fin. Eso es un trabajo que debes continuar después, por toda la vida, descubriendo todas esas historias, pero ahora todavía te quiero llevar por otras tierras.

–Yo no quiero salir de aquí. Creo que esta tierra es mi tierra, Quecambia. Junto con aquella otra que bebió la sangre que los caballeros derramaron. Tengo muchos países, ¿sabes, Quecambia? A veces, hasta me quedaba sin saber de dónde soy en realidad. Pero ahora sé, de verdad, que soy de estos lugares adonde tú me estás llevando. De la tierra de las montañas y los volcanes, y de esta otra, al lado, la tierra de los grandes ríos y bosques. Las tierras de los hombres color de fuego. Me gusta. Ahora yo sé que este es mi lugar.

Quecambia quiso saber:

–¿A ti no te gustaba ese lugar en donde vivías antes? ¿La tierra de las ciudades y los campos, la tierra de los hombres del cabello color miel?

Miguel pensó un poco:

–Me gustaba. Eso es verdad, me gustaba. También es un poco mi tierra. El colegio era bueno, y tenía amigos. Pero creo que en estas tierras que me estás mostrando las historias son más mías, la gente es más parecida a mí. Como hermanos. Verás, es eso, yo también soy hijo del sol. Quiero quedarme un rato más aquí.

Quecambia lo apresuró:

–Miguel, no tenemos mucho tiempo. Solo el tiempo que dura una tempestad, una ventisca, un trueno. Necesitamos aprovechar eso.

El niño insistió:

–Todavía quiero quedarme más, mirando dentro del río, zambulléndome y convirtiéndome en indio.

Quecambia tuvo una idea:

–Entonces vamos a hacer lo siguiente: te subes sobre aquel gajo del árbol que está colgando sobre el río y desde allí miras hacia dentro del agua.

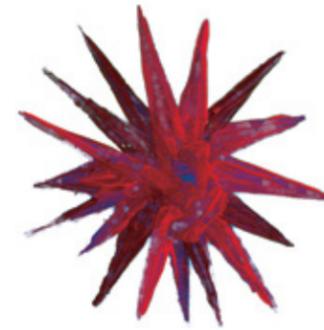
Sin entender muy bien por qué, Miguel hizo lo que el Amigo le estaba sugiriendo. Pero siguió preguntando. Y el otro le explicó:

–Ya te dije que esa agua tiene poderes mágicos. Ya es hora de irnos de aquí, vamos a viajar de nuevo en el viento. Por eso, en vez de mojarte, ahora te vas a reflejar en el agua. Y el viento nos lleva.

El viento ya estaba llegando. Miguel estaba oyendo de nuevo la flauta encantada, el silbido de los niños y de los pastores de recuerdos, aquel mismo sonido que había aparecido en la ventana de la casa del abuelo y después en lo alto de la montaña. Desde el gajo del árbol, vio cuando el ventarrón fue quitando las plumas que adornaban a Quecambia, haciendo que todas ellas se esparcieran y se arreglaran de nuevo, girando en un remolino, y formando de nuevo el pájaro mágico, con ojos en las plumas, que levantó vuelo y se fue alejando. Al mismo tiempo que todo se reflejaba en el agua, Miguel fue sintiendo que todas las goticas con su imagen iban subiendo desde el río, cada vez más leves, evaporándose, convirtiéndose en nubes que en un instante el viento soplaba muy lejos, por encima de los bosques y los ríos, por encima de un mar enorme, tan grande que hasta parecía que no acababa nunca.

Después de mucho tiempo, cuando la nube-Miguel ya estaba hasta cabeceando de sueño en aquel paseo agradable, sintió que comenzaba a descender. No sabía si era en lluvia o neblina, pero era despacito. Llovía y había sol al mismo tiempo y las goticas de Miguel comenzaron a vibrar y a llenarse de colores formando un arcoíris que se deslizaba del cielo a la tierra. Cuando finalmente pisó el suelo, cansado de tanto ver y vivir, de tanto cambiarse y viajar, Miguel decidió dormir hasta que la noche llegara y se fuera, y el día amaneciera. Así, al día siguiente, iba a poder buscar al amigo Quecambia, que debía estar en algún lugar por allí cerca.

Traducción: Dominica Diez



PREMIOS, MENCIONES, FINALISTAS Y JURADOS EN LA CATEGORÍA LITERATURA PARA NIÑOS Y JÓVENES DEL PREMIO LITERARIO CASA DE LAS AMÉRICAS, 1975-2015

1975

Premios: Laura Devetach: *Monigote en la arena* (cuento, Argentina).

Beatriz Doumerc y Ajax Barnes: *La línea* (Argentina).

Nersys Felipe: *Cuentos de Guane* (cuento, Cuba).

José Murillo y Ana María Ramb: *Renancó y los últimos buemules* (novela, Argentina).

Carlos José Reyes: *Globito manual/El hombre que escondió el sol y la luna* (teatro, Colombia).

Jurado: María Escudero (Argentina), Joaquín Gutiérrez (Costa Rica), Onelio Jorge Cardoso (Cuba), Rogerio Paulo (Portugal), Javier Villafañe (Argentina).

1976

Premios: Julia Calzadilla: *Cantares de América Latina y del Caribe* (poesía, Cuba).

Nersys Felipe: *Román Elé* (cuento, Cuba).

Hugo Niño: *Primitivos relatos contados otra vez. Héroes y mitos amazónicos* (cuento, Colombia).

Jurado: Mirta Aguirre (Cuba), Carlos F. Changmarín (Panamá), José Murillo (Argentina).

1978

Premio: Omar González: *Nosotros los felices* (cuento, Cuba).

Finalista: Enid Vian: *Las historias de Juan Yendo* (cuento, Cuba).

Jurado: Laura Antillano (Venezuela), Jorge Díaz Herrera (Perú), Alga Marina Elizagaray (Cuba), Hugo Niño (Colombia), Moravia Ochoa (Panamá).

1979

Premios: Armando José Sequera: *Evitarle malos pasos a la gente* (cuento, Venezuela).

Enid Vian: *Las historias de Juan Yendo* (cuento, Cuba).

Jurado: Ajax Barnes (Argentina), Velia Bosch (Venezuela), Beatriz Doumerc (Argentina),

Wichy Guerra (Cuba), Rogelio Sinán (Panamá).

1980

Premio: Dora Alonso: *El valle de la Pájara Pinta* (novela, Cuba).

Jurado: Alfonso Chase (Costa Rica), Omar González (Cuba), Ana María Salas (Cuba),

Armando José Sequera (Venezuela).

1981

Premio: Gilberto Rendón Ortiz: *Grillito Socoyote en el circo de pulgas y otros cuentos de animales* (cuento, México).

Finalista: René de la Nuez: *Garabatos* (Cuba).

Jurado: Claribel Alegría (El Salvador), Joaquín Gutiérrez (Costa Rica), Onelio Jorge

Cardoso (Cuba).

1982

Premio: Kalman Barys: *Del nacimiento de la isla de Borikén y otros maravillosos sucesos* (cuento, Argentina).

Jurado: Mayra Jiménez (Costa Rica), Jairo Aníbal Niño (Colombia), Efraín Subero

(Venezuela).

1984

Premio: Julia Calzadilla: *Los Chichiricú del Charco de la Jicara* (cuento, Cuba).

Jurado: Fanny Abramovich (Brasil), Kalman Barys (Argentina), Jesús Cabel (Perú), Anisia

Miranda (Cuba), Julieta Pinto (Costa Rica).

1986

Premio: Silvia Graciela Schujer: *Cuentos y chinventos* (cuento, Argentina).

Jurado: Laura Devetach (Argentina), Euler Granda (Ecuador), Ziraldo Alves Pinto

(Brasil), Mayra Vilasís (Cuba).

1988

Premios: Emilio de Armas: *Junto al álamo de los sinsontes* (poesía, Cuba).

Ricardo Mariño: *Cuentos ridículos* (Argentina).

Finalista: Aldo Tulián: *Cuentos con trenes* (Argentina).

Jurado: Joaquín Gutiérrez (Costa Rica), Beatriz Mendoza de Pastori (Venezuela), Aramis

Quintero (Cuba), Gilberto Rendón Ortiz (México), Gustavo Roldán (Argentina).

1990

Premio: Lionel Méndez D'Avila: *Historias de nabuales y despojos. Relatos quichés para niños de una época infame* (Guatemala).

Finalistas: Luis Darío Bernal: *La batalla de la luna rosada* (novela, Colombia); Oscar

Colchado: *Tras las huellas de Lucero* (novela, Perú); Aramis Quintero: *Oh*

Tiempo (poesía, Cuba); Luis Sepúlveda: *Reportaje cerca del fin del mundo* (novela, Chile).

Jurado: Nersys Felipe (Cuba), Alfredo Gravina (Uruguay), Ana María Ramb (Argentina),

Carlos José Reyes (Colombia), Armando José Sequera (Venezuela).

1994

Premio: Sindo Pacheco: *María Virginia está de vacaciones* (novela, Cuba).

Finalistas: Jorge Eslava Calco: *Descuelga un pirata* (cuento, Perú); Ema Wolf: *Historias a Fernández* (novela, Argentina).

Jurado: Velia Bosch (Venezuela), Graciela Cabal (Argentina), Emilia Gallego (Cuba).

2002

Premio: Carlos Marianidis: *Nada detiene a las golondrinas* (novela, Argentina).

Menciones: Teresa Cárdenas: *Tatanene cimarrón* (novela, Cuba); Eric González Conde:

Un papá muy lejos (novela, Cuba); Ariel Ribeaux Diago: *Nomeolvides* (novela, Cuba).

Jurado: Laura Antillano (Venezuela), Enrique Pérez Díaz (Cuba), Luis María Pescetti

(Argentina).

2005

Premio: Teresa Cárdenas: *Perro viejo* (novela, Cuba).

Menciones: Luis Caissés Sánchez: *Cuentos de viejas y de viejitos* (cuento, Cuba); Félix

Guerra Pulido: *El invitado soy yo* (poesía, Cuba); Ariel James Figarola: *El color de la Yagruma* (poesía, Cuba).

Jurado: Ana María Ramb (Argentina), Irene Vasco (Colombia), Ivette Vian (Cuba).

2009

Premio: Yolí Fianza: *La prometida del Señor de la Montaña o La doncella del*

Huillallaco (novela, Argentina).

Menciones: Ricardo Chávez Castañeda: *El laberinto de las pesadillas* (cuento, México);
Carla Dulfano: *Sala de profesores* (novela, Argentina); Rodolfo Dada: *El mar de la selva* (cuento, Costa Rica).

Jurado: Mauricio Paredes (Chile), Beatriz Helena Robledo (Colombia), Teresa Cárdenas (Cuba).

2012

Premio: Liza Josefina Porcelli Piussi: *Mi hermano llegó de otro planeta un día de mucho viento* (relato, Argentina).

Jurado: Leonor Bravo (Ecuador), Liliana de la Quintana (Bolivia), Carlo Frabetti (Italia/España), Avelino Stanley (República Dominicana), Nelson Simón (Cuba).

118

2015

Premio: Mildre Hernández: *El niño congelado* (novela, Cuba).

Jurado: Edgar Allan García (Ecuador), Ema Wolf (Argentina), Rubén Darío Salazar (Cuba).

LITERATURA BRASILEÑA

1981

Premio: Ana Maria Machado: *El ojo en las penas* (novela para niños y jóvenes).

Jurado: Gianfrancesco Guarnieri, José de Souza Martins, Joao Ubaldo Ribeiro, Marcio de Souza.

LITERATURA CARIBEÑA EN FRANCÉS Y CREOLE

1996

Premio: Nicole Cage-Florentiny: *Arc iris, la esperanza/Arc-en-ciel, l'espoir* (poesía para niños y jóvenes, Martinica).

Jurado: Georges Castera (Haití), Nancy Morejón (Cuba), Lambert-Felix Prudent (Martinica)



ÍNDICE

LAURA DEVETACH (Argentina)

7 *Monigote en la arena* (cuento, 1975)

9 «Monigote en la arena»

11 «Los picaflores de cola roja»

NERSYS FELIPE (Cuba)

15 *Román Elé* (cuento, 1976)

17 «Román Elé»

18 «Calazán»

19 «El paseo»

23 «Crucita»

24 «Los días de Elé»

26 «La pajarera»

28 «El último encuentro»

29 «La primera mañana de septiembre»

GILBERTO RENDÓN ORTIZ (México)

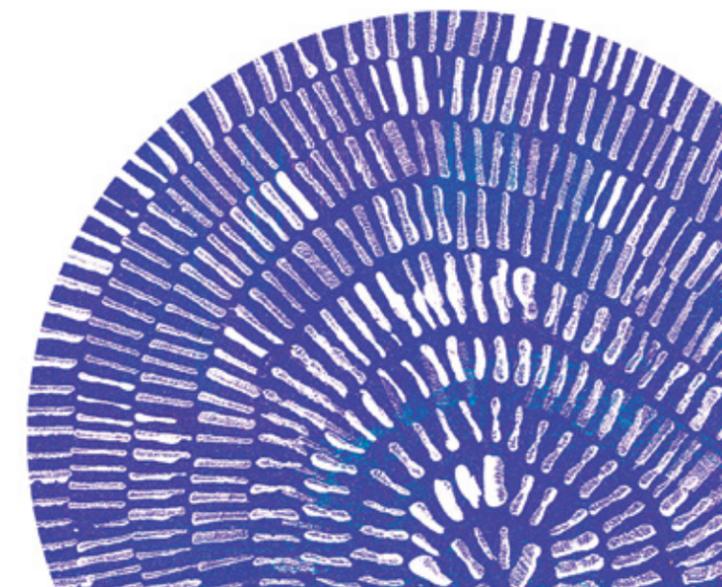
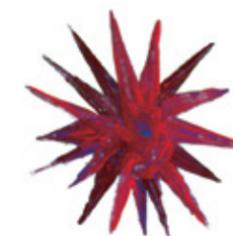
33 *Grillito Socoyote en el circo de pulgas y otros cuentos de animales*
(cuento, 1981)

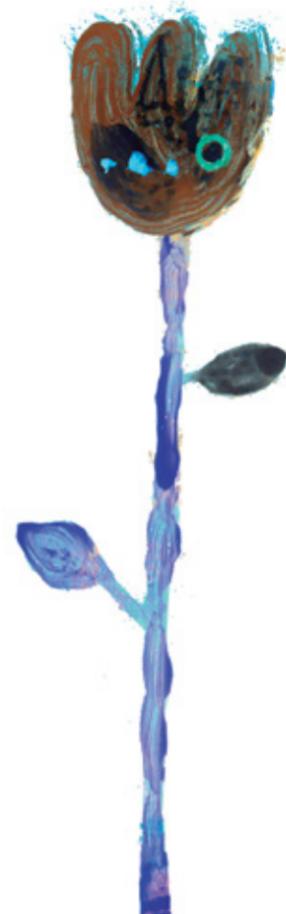
35 «Yolti»

39 «Gino»

- 43 ENID VIAN (Cuba)
45 *Las historias de Juan Yendo* (cuento, 1979)
49 «Juan Yendo»
«Tico el zunzún»
- 51 SILVIA GRACIELA SCHUJER (Argentina)
53 *Cuentos y chinventos* (cuento, 1986)
55 «La letra durmiente lo que termina de escribir cualquier oyente»
«Vicki, la vaca que va en un buque»
- 59 DORA ALONSO (Cuba)
61 *El valle de la Pájara Pinta* (novela, 1980)
63 «La abuela de los pájaros»
«El secreto de Cirilina»
- 67 RICARDO MARIÑO (Argentina)
69 *Cuentos ridículos* (cuento, 1988)
71 «Los más famosos inventores de inventos ridículos»
«Tres héroes»
- 75 JULIA CALZADILLA (Cuba)
77 *Los Chichiricú del Charco de la Jícara* (cuento, 1984)
78 «De cuando los Chichiricú llegaron a estas tierras»
80 «De cuando se mudaron al Charco de la Jícara»
81 «De cuando abrieron mucho la boca»
83 «De cuando se enteraron del misterio de los duendes luminosos»
«De cuando perdieron el bastón mágico en un cumpleaños de güijes»

- 85 KALMAN BARSY (Argentina)
Del nacimiento de la isla de Borikén y otros maravillosos sucesos
87 (cuento, 1982)
«La leyenda del Cemí»
- 95 NERSYS FELIPE (Cuba)
97 *Cuentos de Guane* (cuento, 1975)
99 «El abuelo»
«En Guane»
- 103 ANA MARIA MACHADO (Brasil)
105 *El ojo en las penas* (novela, 1981)
«En la tierra de los ríos y los bosques»







colección
colibrí

casa